ELLOS

Una novela de

KAY DICK

Traducción de Tomás Downey



Resguardados en una suerte de paraíso en la costa británica, un grupo de artistas ejercen distintas artes y oficios. Los amenaza una presencia incierta pero ubicua: la de «ellos», que persiguen tácita y declaradamente todas las manifestaciones creativas, todas las demostraciones de sensibilidad. Y en ese contexto de peligro inminente, de pérdida irreparable, de duelo y de temor, el encuentro con los placeres sensuales de la naturaleza, de la amistad, de la conversación, emergen como una forma nueva de resistencia o, tal vez, de convivencia.

Ellos fue publicada por primera vez en 1977 y es quizás la obra más extraña e inquietante de Kay Dick, así como, según la crítica, «su libro más andrógino». Hecha de episodios que reiteran un mismo motivo con sucesivas variaciones, y que, en su acumulación, construyen su atmósfera asfixiante y tan elogiada por autores como Margaret Atwood o Emily St. John Mandel, *Ellos* es una distopía y quizás hasta una profecía que, lejos de perder vigencia, se ha vuelto hoy tremendamente resonante. Recuperada y traducida en los últimos años a distintas lenguas, se presenta en esta edición en la traducción exacta y vibrante de Tomás Downey.



Kay Dick

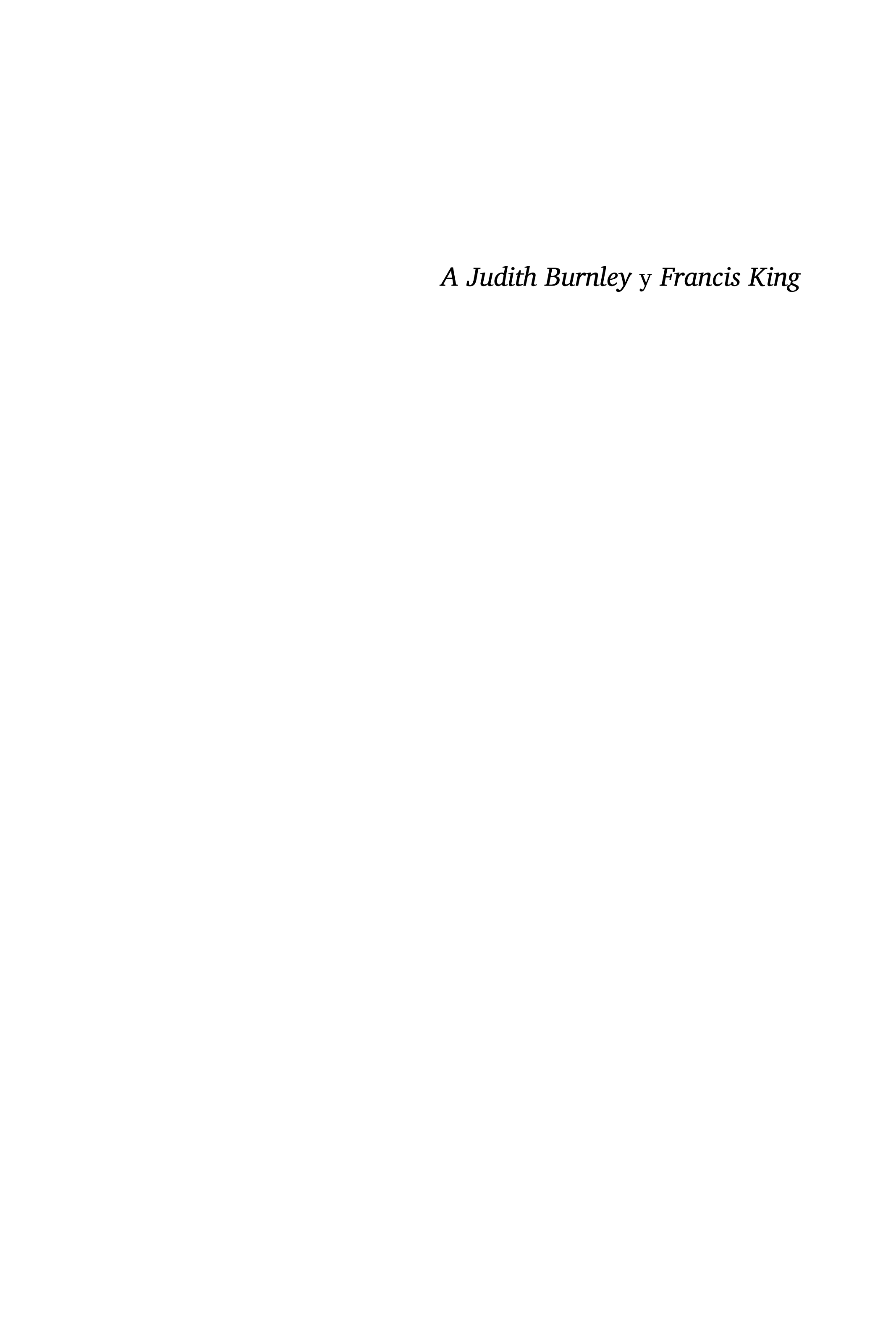
Ellos

ePub r1.0
Titivillus 15.10.2024

Título original: *They: A Sequence of Unease*
Kay Dick, 1977
Traducción: Tomás Downey
El capítulo «Hallo Love» (Hola, amor) se publicó por primera vez en 1975. El *copyright* de la publicación original de la novela, de 1977, incluyó una nota que mencionaba un artículo aparecido en el *Sunday Times*, también de 1975, en el que se describía un nuevo tratamiento psiquiátrico destinado a aliviar el dolor del duelo mediante un agotamiento de todas las emociones y la extinción de todo sufrimiento.

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





A Judith Burnley y *Francis King*

CIERTO PELIGRO HACIA DELANTE

Bajo la luz de principios de septiembre, la casa de Karr se veía magnífica. Era, de hecho, bastante espléndida. Desde la terraza había una vista abierta del mar. Karr me llevó arriba para darme algunas indicaciones sobre la zona. La perspectiva era la de un triángulo que se angosta. Uno podía llegar a imaginar que Karr vivía en una isla, un trozo de tierra que asomaba entre dos ríos delgados; uno se iba ensanchando mientras fluía hacia el mar y el otro era un canal en el que flotaban algunos cisnes. Mitad pradera, mitad pantano, con algunos matorrales de juncos altos y pozos de arena. Un santuario natural de aves; sus vuelos se percibían como parte del paisaje.

La casa de Karr estaba levantada en altura y la rodeaba una muralla, una precaución contra las inundaciones. Había hortensias gigantes, más bien árboles pequeños que arbustos, plantadas en forma estratégica entre los adoquines ovalados de la terraza; los capullos que brotaban en varios tonos de rosa resplandecían bajo el sol del otoño, una abundancia insolente de florescencias que miraban al sur. Cuando bajamos a verlas, noté que Karr se ocupaba de ellas a diario. Expresaban cuidado y ritual.

—Me gusta el contraste —dije. Karr entendió. Se había quedado de pie junto a la puerta abierta, al frente de la casa, mientras yo subía por el camino de la entrada a través de un pequeño bosque, un oasis en el estuario que nos rodeaba.

—Esos árboles fueron plantados hace mucho —dijo—. ¿Te resultó difícil encontrar el lugar?

—Al principio sí, pero no bien llegué a la vieja capilla de los

marineros supe que no estaba tan lejos.

—¿Entraste?

Le conté lo que había hecho dentro de la capilla: abrí la Biblia al azar, cerré los ojos y puse un dedo sobre una de las páginas. El juego de augurios que jugaba en mi niñez.

—¿Qué te salió?, —preguntó Karr.

—¡Las revelaciones, por supuesto! —Me reí, autoconsciente—. *He aquí, vengo como un ladrón*.

—Te perdiste el edificio detrás de la capilla —dijo Karr—. Más tarde podemos ir hasta allá.

Los sirvientes no nos interrumpían; apenas notaba sus idas y venidas. El chico, Jake, presentó a su cachorro, un labrador negro que le llegaba hasta la barbilla.

—Se llama Ornar, por el poeta, ya sabes.

Nos sentamos al pie de esa escalera simple, sobria, y nos contamos historias hasta que Jake dijo que era hora de darle un paseo a Ornar.

Me reuní con Karr en la biblioteca. Las ventanas abrían hacia la terraza.

—Puedes venir siempre que quieras —dijo Karr. Se quedó de pie junto a la ventana abierta y miró el cielo—. ¿Vamos a ver a Claire?, —preguntó.

La planta baja del edificio había sido transformada en un estudio. Miré la pintura que Claire acababa de terminar. Era amarilla, toda amarilla, con todas las variaciones y todas las profundidades posibles del amarillo. Era casi intolerable. Salí y rodé sobre el pasto.

—Es hermosa, ¿no?, —dijo Karr.

—Insoportablemente hermosa. —Volví a entrar y la miré otra vez.

—Si la quieres te la regalo —dijo Claire.

—Todavía no. —Sentí ansiedad—. Todavía no.

—¿Debería volver contigo?, —preguntó Karr.

—Creo que voy a estar bien, es seguro. Voy a cruzar por el puente del canal.

Jake y Ornar me esperaban en el puente. Me saludaron con la mano mientras doblaba para tomar el camino de la costa.

Llegando a mi casa, el sol trazaba la línea del horizonte sobre el

mar de un tono ocre encendido. Abrí las ventanas y miré hacia abajo, a las rocas al pie del acantilado. La marea estaba cambiando. Las gaviotas revoloteaban, listas para la última pesca de la tarde, mientras las olas avanzaban una vez más sobre la orilla.

Escribí dos cartas, una a Karr y una a Claire. Bajé por el camino en pendiente hasta la playa y junté más de esas piedras porosas, llenas de agujeros, en los charcos verdes que se formaban entre las rocas. Los pequeños cangrejos corrían entre mis dedos. Hice un paquete con tres de las piedras para mandárselas a Jake. *Estas son esculturas de mar y tienes que ponerles nombre*, escribí en una hoja de papel azul.

Decidí ir al pueblo. Había solo un extraño, sentado en el banco de cara al embarcadero en ruinas. Pasé caminando junto a él dos veces, pero no me miró. En la tienda me enteré de las últimas noticias.

—Ahora son los libros de Oxford.

Asentí como si no me interesara.

Al día siguiente, temprano, salí a caminar por la playa, bajo el sol. Puse a prueba mis recuerdos de la poesía de Keats. Llegué al estuario justo después del mediodía. Al trepar por la orilla del río, perturbé la paz de una colonia de mariposas. Jake y Ornar me esperaban arriba. Mientras caminábamos hacia la casa de Karr, le conté a Jake otro relato, esta vez más largo.

—Llegó Garth —dijo Karr—. Trajo su piano.

—¿A la capilla?, —pregunté.

—Sí, se ha instalado a recordar. —Karr se detuvo de repente y miró hacia el río con sus binoculares Zeiss Telita—. Lo mejor sería que te quedaras a pasar la noche.

Después de almorzar abrí la puerta de la capilla. Garth estaba sentado al piano y miraba las teclas.

—Quizás sea posible recordarlo todo —dijo.

—Con tiempo, sí —dije yo, y volví a salir.

Detuve a Jake para que no fuera a ver a Garth.

—Está recordando —le dije—. Después.

Caminamos tomados de la mano hacia el edificio. Ornar se alejó a los saltos tras el rastro de alguna criatura en el bosque.

—¿No te molesta para nada, no?, —le pregunté a Claire.

—No tengo tiempo de que me moleste —dijo ella, y siguió

pintando.

Jake la miraba con atención.

—¿Vienes esta noche a lo de Karr?, —pregunté.

—Creo que sí. —Me miró y me besó.

El lienzo que estaba pintando era azul, todo azul, todas las variaciones y todas las profundidades posibles del azul. Jake salió a llorar. Ornar lamió sus lágrimas.

—Vamos a mirar las gallinetas —le dije.

Volvimos a la casa de Karr y subimos las escaleras hacia la terraza. Los sirvientes estaban trayendo el té.

—Después de la cena vamos a jugar al ajedrez —dijo Karr—, hasta que se vayan a la cama.

—¿Claire está enamorada de Garth?, —pregunté.

—¿No estamos todos enamorados? —Karr le sonrió a Jake.

—Debería ser posible… —empecé.

—¿Que alguien nos extrañe?

—Sí, supongo que es eso lo que quiero decir.

—Nos va a tocar a todos —dijo Karr.

Fui a la biblioteca y leí hasta la cena. Jake me miraba atentamente. Karr regó las hortensias.

Entraron Claire y Garth, sonreían. Ha logrado recordar, pensé al ver la mirada desafiante en los ojos de Garth. Mientras Karr y yo estemos jugando al ajedrez, le hará el amor a Claire en el edificio, después volverá a la capilla y tocará lo que haya recordado. Jake se escabullirá de la cama e irá hasta la capilla en completo silencio, como un animal. Abrirá la puerta, la cerrará detrás de él y escuchará a Garth con atención. Lo supe todo mientras esperábamos la noche.

—Tienes un sirviente nuevo. —Claire le hablaba a Karr.

—Sí. Lo mandaron ellos. —Karr no se inmutó.

—Era de esperar. —Garth parecía preocupado—. ¿Debería irme?

—Es imperativo que te quedes —dijo Karr.

Me desperté al amanecer y le escribí una nota a Garth, que empujé al pasar bajo la puerta de la capilla. De camino al edificio, puse a prueba mis recuerdos de las últimas novelas de Henry James. En el estante con mis libros faltaba mi ejemplar de *Middlemarch*. Me senté en el jardín y pensé en Garth recordando la música, y en Claire pintando, y dejé de tener miedo. Compuse un poema para

Jake.

A la tarde vino a verme Claire. Trajo una canasta llena de moras que había recolectado en el camino. Entre bocados, nos leímos poemas. En todos había algún fragmento contenido de cada una de nuestras vidas.

—Ya no cierro la puerta —dije—. Anoche se llevaron otro libro.

—Sí, se están volviendo más activos —dijo Claire.

—Aquí en las afueras su avance es más lento —dije.

—Habrá algún francotirador —bromeó Claire.

—La vanguardia. —Nos sacudimos con histeria.

—Garth perdió todo de repente —dijo Claire—. Todas sus composiciones a la vez. Aquí es todo más furtivo.

Me atreví a hacer la pregunta que más quería hacer.

—¿Es suficientemente buena la memoria de Jake?

—Karr lo entrenó bien —dijo Claire.

—¿Se darán cuenta?, —pregunté.

—Probablemente no. —Hizo una pausa—. Al menos no creo, no todo de repente. Con suerte, y tiempo, quizás esté bien.

—¿Y la sobrecarga? —Tuve que exponer todo mi miedo.

—A su edad no. Sus células de la memoria están en el momento más receptivo. —Claire parecía confiada.

Cuando se fue le di el poema que había escrito para Jake. Pasé todo el día siguiente nadando y bronceándome, acumulando sal y sol en el cuerpo, llenando mis reservas. Con las zapatillas atadas alrededor del cuello, nadé hasta el espigón y me quedé mirando al pescador que sacaba langostinos y cangrejos mientras la marea bajaba y se escurría entre las rocas.

—Ayer fue Londres —dijo—. Suponen que va a llevar una semana.

Me puse los lentes de sol.

—Una buena cantidad —dije, y asentí en dirección a su balde.

—Bichos tontos —dijo él—. Como si se pudieran escabullir bajo las piedras.

—Algunos logran escapar —dije mientras él se movía hacia otro de los charcos que se formaban entre las rocas.

Jake y Ornar me esperaban en mi casa.

—Karr me dijo que podía pasar la noche aquí.

Le dimos de comer a Ornar.

—Vinieron cuando estaba afuera esperando. —Jake parecía preocupado.

Faltaban los poemas de Shelley y los *Diarios* de Katherine Mansfield. Se están poniendo codiciosos, pensé. Mientras Jake cenaba, le conté otro relato.

—¿Qué es un periódico?, —preguntó.

Esa noche dormí profundamente. Cuando alguien estaba en casa, no entraban nunca. Desde su punto de vista, la confrontación implicaba un desperdicio de energía innecesario, un lujo del que se abstenían. Las acciones furtivas, silenciosas, infligían un dolor más difícil de aguantar; era su forma de castigo. Solo tomaban medidas más severas cuando se cruzaban los límites aceptados.

Mientras atravesábamos el puente del canal que llevaba a la casa de Karr, nos encontramos con Garth.

—Es el sirviente nuevo de Karr, vigila a Claire —dijo.

El nuevo lienzo era verde, todo verde, todas las variaciones y todas las profundidades posibles del verde. Garth giró la cara a la pared. El sirviente de Karr se fue. Claire se rio. Hubiera podido morir por ella.

Entró Karr.

—No deberías exagerar tu valentía —le dijo a Claire—. Es ostentoso. —Se llevó a Jake lejos del lienzo y caminó con él hacia el bosque. Claire se sentó y gimió de dolor.

—Tenemos que ir a la casa —dije— y pedir el almuerzo. Hay que tranquilizar a los sirvientes.

En el camino, Claire juntó algunas rosas que habían florecido tarde.

—Ayer vaciaron la National Gallery —dijo.

A la tarde, Claire se fue con Garth. Karr y yo nos sentamos en la biblioteca, lo que también era una forma del amor.

—Garth es descuidado —dijo Karr—. El sexo lo vuelve descuidado.

Salí, toqué las hortensias, me senté contra la pared y miré hacia el estuario. Vi a Jake, que hacía volar su barrilete. Ornar corría y saltaba detrás de él. El nuevo sirviente de Karr se paró sobre el puente a mirarlos. Un cisne estiró su cuerpo, se elevó sobre el agua y agitó las alas.

—¿Jake está a salvo?, —pregunté.

—Estar a salvo carece de importancia —dijo Karr.

—¿Pero y si habla?

—Será una prueba.

Superar el pánico me llevó cuatro días. Limpié la casa de arriba abajo y cavé, sembré y podé mi jardín. Faltaban cinco libros, incluida la *Autobiografía* de John Stuart Mili. Le quité el polvo al espacio vacío. Al día siguiente llovió. Caminé hacia el pueblo y en el camino puse a prueba mis recuerdos de las obras de Chéjov. En el café había una mujer que no conocía. Me pidió que le alcanzara el azúcar. Garth entró y se sentó a mi lado.

—Solo puedo pensar en Claire —dijo.

Me levanté y me fui. Garth me siguió hasta la casa bordeando el acantilado.

—Karr espera demasiado de Jake —dijo Garth.

Chillaron las gaviotas. La lluvia nos golpeaba la cara. Mientras subíamos por la cuesta hacia la entrada a mi jardín, los vi saliendo de mi casa. Dentro, uno de los estantes había sido completamente despojado de sus libros. Garth escribió el nombre de Mahler sobre la capa de polvo que cubría la madera. Lo borré con la mano. Miré hacia el mar.

—Cuando pare la lluvia, iremos a lo de Karr —dije.

Garth durmió durante siete horas. Yo leí los *Sonetos de* Shakespeare.

—He estado recordando mientras dormía —dijo Garth—. Tengo que encontrar a Jake.

Dejé a Garth en la capilla, entré a la casa de Karr, encontré a Jake y lo mandé con Garth.

Karr y yo caminamos lentamente hasta el edificio. Una niebla leve, una bruma de mar, cubría el sol como una telaraña.

—Llegaron a la costa —dijo Karr—. Podrías quedarte aquí.

—No me molesta volver —dije—. He logrado controlar el pánico.

Claire estaba trabajando en un nuevo lienzo. Era rojo, todo rojo, todas las variaciones y todas las profundidades posibles del rojo. Karr la tomó entre sus brazos.

—Me queda solo uno por pintar —dijo Claire, más a Karr que a mí.

—Podrías dejarlo —dijo Karr en un momento de debilidad.

Mientras caminábamos de regreso a su casa, entrelazamos nuestros brazos. La niebla se había disuelto y el sol brillaba sobre las hortensias. Los sirvientes trajeron *champagne* y fuimos con las copas hacia la terraza. Garth y Jake volvían corriendo, seguidos por Ornar. Miramos hacia el estuario.

—Me voy a quedar con el lienzo amarillo, Claire —dije—. Lo llevaré a casa.

—Todavía me falta pintar el blanco —dijo ella—. Lo haré esta noche.

—Sería una tontería —dijo Karr.

—Voy a escribir más cartas —dije yo.

Le dimos la espalda a la casa y miramos hacia el mar. Un pesquero de arrastre remontaba el río desde la boca del estuario.

—Creo que terminaron —dijo Karr—. Ya podemos entrar.

En la biblioteca no había más libros. Caminamos lentamente por las otras habitaciones de la casa. Habían retirado todos los cuadros. Claire acariciaba los espacios donde había estado colgado cada uno. Los sirvientes se habían ido. Garth salió rápidamente por la puerta principal. Karr gritó su nombre para que se detuviera. Volvimos a la terraza y nos sentamos en las reposeras. Jake le tiró a Ornar una pelota. Volvió Garth. Estaba temblando.

—Dejaron las pinturas de Claire —dijo.

—No vas a volver —le dijo Karr a Claire.

—Ahora tengo que pintar el blanco —dijo ella— y llevarme a Jake.

Jake volvió unas horas más tarde.

—Tienes que comer e irte directo a la cama —dijo Karr.

Volvimos rápido al edificio. Chilló un zarapito. Los vimos conduciendo a Claire hacia el barco pesquero amarrado en el lecho del río.

—¿Qué le van a hacer?, —le pregunté a Karr.

—La van a dejar ciega, y me la van a devolver —dijo Karr—. Se extralimitó. Siguió pintando.

Garth corrió tras ellos.

—¿Y a él?, —pregunté.

—Lo van a dejar sordo —dijo Karr.

—¿Y a mí, si…? —Mi cuerpo estaba helado.

—Te amputarían las manos y te cortarían la lengua —dijo Karr

—. Lo mejor es que destruyas las cartas que escribiste. No hay que dejarles ninguna posibilidad de confrontación. —Hizo una pausa—. Piensa en Jake.

Entramos al estudio de Claire.

—Sigue aquí —dije mirando el lienzo blanco, todo blanco, todas las variaciones y todas las profundidades posibles del blanco. Los otros lienzos habían desaparecido.

—Mañana a la mañana traeré a Jake a que lo vea, antes de que vengan y se lo lleven —dijo Karr.

—Si te lo quedas mirando es tan blanco como el sol —dije.

—Si te quedas mirando el sol, puedes quedarte ciego —dijo Karr.

—¡Dios mío!, —dije—. Claire lo sabía, conocía el castigo.

—Todos debemos conocerlo —dijo Karr—. Es la única certeza que tenemos.

Mientras regresábamos a la casa, Karr dijo:

—Ya se deben haber llevado todos tus libros. No tiene sentido que vuelvas.

—Hay papel y lapiceras bajo las tablas del piso —dije.

—Deben quedar ahí —dijo Karr.

—¿Para Jake?, —pregunté.

—Quizás, quizás no. —Karr hizo una pausa—. Le encontraré un acompañante de su misma edad, por las dudas.

—¿Por si se meten con Jake?, —pregunté.

—Sí —dijo Karr—. Queda muy poco tiempo.

LOS VISITANTES

Yo los vi primero.

—Es posible —había dicho Sandy— que nos pasen por alto. No llamamos tanto la atención.

Ya no podía volver atrás. Caminé hacia ellos con el sol de frente. Estaban en la playa, eran nueve. Tres escolleras más allá estaba Sandy pintando su bote. Había ocho recostados sobre las piedras. El noveno estaba en cuclillas mirando en dirección a Sandy. Mi perro les ladró. Era el primer día de primavera. El sol se sentía tibio sobre la piel, y el mar era una curva inmóvil y plateada sobre el horizonte. Un cormorán se sumergió en el agua y volvió a salir, casi con frivolidad. Al pasar junto a ellos, sonreí; era lo conveniente. Uno se puso de pie y caminó vestido hacia las olas, hasta que el agua le llegó a la cintura. Una de las chicas se rio.

—Mañana le doy otra capa de pintura. —Sandy palmeó su bote.

—¿Te vas?, —pregunté.

—Preferiría no hacerlo. —Recogió sus aparejos—. Vamos a tomar el té a lo de Judith.

Berg estaba trabajando en el conservatorio. Saludó. La madre de Judith jugaba al solitario en la ventana de siempre, en un rincón de la sala de estar. Los niños estaban construyendo un barrilete amarillo y azul. Sandy se ofreció a ayudarlos. La chica italiana entró cargando la bandeja con el té, seguida por Judith. El gato siamés increpó a mi perro.

—Esta tarde vinieron tres hasta la puerta de la cocina —dijo Judith—. La cocinera les dio unos pasteles y algo de fruta.

—Yo recordaba fragmentos de Yeats —dijo la madre de Judith.

—Mañana vamos a probar el barrilete. —El niño más pequeño lo levantó bien alto para que lo viéramos.

—Espero que todo salga bien. —Judith estaba nerviosa—. Quizás sigan su curso.

—Probablemente estén solo de paso —dijo Sandy en un tono casual.

—Le preguntaron a la cocinera cuánta gente vivía aquí. —Judith seguía inquieta.

—Ustedes son una unidad familiar. Eso debería dejarlos satisfechos. —Sandy ató otra cuerda al barrilete.

—Los que me preocupan son ustedes dos —dijo Judith.

Sonó el teléfono. Escuchamos a Berg que lo atendía. Los niños salieron al jardín.

—Están investigando —dijo Berg cuando entró a la habitación —. Son las mismas tácticas de siempre.

Al principio, a mí no me había sido fácil vivir en soledad. El aclimatamiento fue gradual. Cuando los acepté, ahí estaban los beneficios listos para que los disfrutara. Pero me había llevado años entender cómo aprovecharlos. Pensé en eso mientras caminaba con Sandy de regreso a casa.

—Tú siempre viviste solo, ¿no?, —pregunté.

—Sí. Vienen amigos a quedarse. Me resulta estimulante, y me ayuda a continuar.

—Se necesita tiempo para uno mismo —dije.

—Es esencial —respondió Sandy con firmeza.

Sabía exactamente a qué se refería. No había viento, era una tarde casi inmóvil. En momentos así, el sonido tiene una cualidad casi permeable. Mientras nos acercábamos a la playa, los escuchamos reír.

—A veces envidio a Judith —dije.

—¿La familia? —Era más una afirmación que una pregunta.

—Sí, pero…

—No todo el tiempo, supongo.

—Es bueno tenerlos cerca… disponibles.

—Sin invadir.

Sandy se quedó a cenar. Hablamos hasta la una de la mañana.

—¿No te preocupa, no?, —dudó.

—Para nada —me reí—. Siempre te puedo llamar.

—Son arbitrarios. Puede que por la mañana se hayan ido. —Sandy me deseó buenas noches.

—Creo —dijo Judith mientras yo preparaba un café a la mañana siguiente— que lo más sensato sería que te quedaras unos días con nosotros.

—Significaría entrar en pánico —dije.

—Hay más. En camino, quiero decir —dijo Judith—. Berg escuchó que hicieron estragos tierra adentro. No perdonaron a ningún soltero.

—No es lo más usual. —Traté de hablar con calma—. No son tan minuciosos. Siempre pasan a algunos por alto.

Salí a hacer mi caminata de la tarde con el perro y tomé, adrede, el camino que iba hacia la playa. Lo conveniente era disimular la aprensión. Se habían movido un poco hacia el oeste, más cerca de Sandy, que estaba trabajando en su bote. Al pasar junto a ellos, saludé con la cabeza. Uno arrojó una piedra al mar. Sandy me llevó a su casa a tomar el té.

—Dejaron esto en la puerta de mi casa. —Me mostró un crucifijo hecho de algas.

Me llevó a su taller. Miramos la última escultura de vidrio que había hecho. Su belleza me deslumbró.

Descansé la cabeza en su pecho. El trueno fue inesperado. Se atenuó la luz. Un rayo iluminó el cielo. La tormenta duró una hora.

—Se van a empapar —dije.

—No les importa —dijo Sandy.

Miramos hacia el mar. Volvió a brillar el sol. Las olas, ahora quietas, estaban teñidas de un rosa suave; las escolleras adquirían una nueva dimensión. El embarcadero sin terminar se veía magnífico, como algún tipo de objeto prehistórico de una enorme solidez. Era una vista que quitaba el aliento. Mientras caminaba de regreso a casa vi que subía humo desde la playa.

Paseé por mi jardín hasta que se fue la luz. Dentro, estudié un mapa oficial de nuestra parte de la costa. Sobre los lugares donde habían dejado su marca dibujé una cruz con lápiz rojo. Uní las cruces con tinta azul; formaban un círculo incompleto. Terminé el círculo con el lápiz. Estábamos, por muy poco, fuera de su trayectoria.

Llamé a Sandy por teléfono.

—No estamos en su círculo. —Le expliqué mis hallazgos.

—No olvides que los círculos se forman dentro de otros círculos.

—Sonaba de buen humor.

—¿Quieres decir que podríamos ser el comienzo de uno nuevo?

—Es posible, a menos…

—¿A menos?

—A menos que sean un grupo disidente. A veces pasa.

—¿Quieres decir autónomos?

—Bueno —se rio—, digamos que son solteros que operan juntos. Berg seguro sabe mejor; está preparando un estudio sociológico sobre sus patrones de comportamiento. Para el futuro, por supuesto.

—Ah, sí, para el futuro. Sandy —dije cortante—, ¿qué quieres decir con que son solteros?

—Bueno, Berg dice que cuando a los solteros les quitan sus casas se suelen juntar.

—¿Por la soledad?

—Sí, hace que la vida sea más fácil.

—¿Ceden?

—Digamos que dejan de ser solteros activos.

—¿Tú cederías, Sandy?

Se volvió a reír.

—No, soy un soltero dedicado.

—¿Incluso si…? —Me daba miedo decirlo.

—¿Si destruyen todo? —Aceptó el desafío—. La destrucción no cuenta. Siempre se puede volver a crear.

Me pregunté si en verdad podríamos, mientras apoyaba el auricular y miraba mis libros. ¿No era un impulso, esta evidencia? ¿Seguiríamos adelante sin ella? ¿Hasta dónde dependíamos de viejos logros? Sería una prueba, si es que en efecto llegaba la destrucción. Cuando seleccionaban un objetivo, eran muy exhaustivos. Berg decía que su pasividad era una forma de combustión interna que trabajaba en pos de una acción determinada. Me sacudí el pánico de encima y trabajé hasta que me venció el cansancio. Intentar oír los pasos no servía de nada; no usaban zapatos.

Estaba desayunando en el jardín cuando llegó Berg. Le preparé un café. Se puso a fumar uno de los Larrañaga que solía reservar para la tarde. Traté de demorar sus noticias, que en cierta forma ya anticipaba.

—¿Sandy?, —pregunté—. ¿Cuándo?

—Entre las tres y las cuatro de la mañana —dijo Berg.

—¿Sandy?

—Se resistió.

—¡Por Dios! —Serví más café en la taza de Berg.

—Está en el hospital —dijo él—. Le dañaron los ojos con uno de sus propios vidrios. Yo siempre le dije que no iba a servir de nada. —Sonaba enojado—. Lo mejor es alejarse. Solo atacan a un individuo si los enfrenta.

—Tenemos que ir —dije.

Era el taller. Estaba hecho un desastre. Levanté a mi perro por si se cortaba con las piezas rotas. Habían volcado el ácido de Sandy sobre sus dibujos. Un mar de fragmentos de vidrio. Los azules, rojos, amarillos y verdes de sus diseños estaban todos mezclados: la paleta de colores de un demente.

—¿Y si hubiera vivido conmigo, o en tu casa? ¿Esto no habría pasado? —Era una pregunta para Berg, aunque ya conocía la respuesta—. ¿Por qué?

—Para ellos, el soltero es una amenaza —dijo Berg—. Le tienen miedo a la vida en soledad, por eso mismo la envidian.

—Pero apenas si hablan entre sí.

—Redujeron el habla al mínimo, a tal punto que casi ya no articulan las palabras.

Recordé cómo habían empezado, las parodias en los diarios. Ahora ya nadie escribía sobre ellos. Era demasiado peligroso.

Siempre existía la posibilidad de encontrárselos. Una amenaza potencial con la que había que convivir.

—¿Cuántos son?, —le pregunté a Berg.

—Más de un millón, cerca de dos, sospecho. No hay forma de saberlo con exactitud. —Berg pateó los vidrios—. Deberías casarte con Sandy —agregó—, o al menos vivan juntos.

Judith me llevó al hospital. Los ojos de Sandy estaban vendados. Sus manos también. Le hice la oferta que había sugerido Berg.

—No he llegado hasta aquí para tener que retirarme —dijo él.

—Tienen que dejar de ser tan obstinados. Los dos. —Judith estaba molesta—. No tiene sentido hacer alarde de valentía. Si vivieran juntos podrían seguir trabajando sin miedo.

—Una cuestión de elecciones —dijo Sandy—. Si no tenemos la posibilidad de elegir, no tenemos nada.

Mientras regresábamos, Judith se puso insistente.

—Deberías protegerte. Si no es este grupo, será otro.

—En el hecho de vivir siempre hay peligro, en algún lado —dije —. Déjame aquí. Voy a caminar lo que falta. Necesito pensar… en soledad.

Llegando a la playa, me encontré con la madre de Judith.

—Les dije que recordaba fragmentos de Yeats —dijo mientras pasaba junto a mí sin detenerse. Miré hacia arriba, al barrilete azul y amarillo que remontaban los niños por primera vez.

Había dos de ellos de pie en la entrada a mi jardín. Mi perro ladró.

—Buenas tardes —les sonreí.

—¿Vives con alguien?, —preguntó el hombre.

—Con mi perro —dije.

—Jed —se presentó él.

—Lou —dijo ella.

Los invité a tomar el té. Comieron pan con manteca y miel y budín con semillas. Me siguieron por la casa observándolo todo. Los llevé al jardín y les mostré mis flores, mis arbustos y mis frutales. No dijeron nada. Mi perro dejó de ladrarles. Les ofrecí cigarrillos, que rechazaron. Se sentaron sobre el pasto y yo entré para lavar las cosas del té. Cuando volví a salir, vi a Jed que se quitaba el collar metálico y lo enroscaba alrededor del cuello de mi perro. Apretó. Me contuve de correr hacia ellos, caminé despacio.

—Confía en ti —dije. Jed aflojó la cadena—. Tengo que darle de comer. —Sentía el sudor que me goteaba desde las axilas. Jed soltó el collar y liberó el cuello de mi perro.

Volví a la cocina, seguida por el perro y por Lou. Corté algo de carne. Lou me miró mientras se la daba al perro.

—Tengo que escribir algunas cartas —dije.

Lou se sentó en el piso a observarme. A las siete en punto, le dije que le avisara a Jed que íbamos a cenar. Me miraron hervir huevos, preparar una ensalada y llevar la comida a la mesa. Mientras cenábamos, hablé de mi jardín.

—Me gustan las flores —dijo Lou. Jed le pegó una cachetada.

Después de la cena, acomodé las piezas de ajedrez sobre el tablero. Jugué tres partidas con Jed. Perdí dos. Lou salió a caminar con el perro por el jardín.

Berg llamó a la puerta.

—¿Vives aquí?, —le preguntó Jed.

Berg dudó.

—No —dije con firmeza.

Berg jugó una partida con Jed. Duró dos horas. Yo me senté en el jardín con Lou. Le junté un gran ramo de lilas blancas. Jed salió, se lo arrancó de las manos y lo tiró. El perro jugó con el ramo. Lou le escupió en la cara a Jed. Jed volvió a su partida de ajedrez con Berg. Terminó en un empate.

—Me puedo quedar a dormir esta noche, si quieres —dijo Berg.

—Gracias, pero —hablé con voz bien clara— esta noche se van a quedar Jed y Lou.

—Claro —dijo Jed.

Berg se fue. Del mar llegaba olor a pescado: quería decir lluvia.

—Voy a preparar algo caliente de beber —dije mientras entraba a la casa y cerraba la puerta. Lou cerró las cortinas. Jed movió la lámpara para que la luz cayera directa sobre ellas. Mi perro ladró. Jed le puso la mano sobre el hocico.

Más que escucharlos, los sentí. La reja del jardín chirrió cuando la abrieron. Jed empujó el perro hacia mí. Le cubrí la cabeza con mi *sweater* para que dejara de ladrar. Entonces sí los escuché. Pasos descalzos y húmedos por el camino. Jed agarró a Lou. Se ubicaron entre la lámpara y la cortina y él la manoseó como para fingir que hacían el amor. Los pasos escurridizos, afuera, se detuvieron. Después volvieron a empezar. Cerré los ojos y esperé a oír la puerta que se abría. Escuché la reja del jardín que chirriaba una vez más. Luego silencio. Abrí los ojos. Jed empujó a Lou. Ella cayó en el sofá y se fue a dormir.

—Confías en nosotros —dijo Jed mientras reacomodaba las piezas de ajedrez sobre el tablero y volvía a jugar el juego que había empatado con Berg. Yo me senté y lo miré, y escuché la lluvia que empezaba a caer.

Me levanté alrededor de las seis. Tenía el cuello dolorido por haber dormido en el sillón. Jed y Lou se habían ido. Las cortinas estaban abiertas. Salí. Había ramos de lilas sobre la mesa del jardín, acomodados en un círculo completo. Para mí, por el momento, habría otro intervalo de seguridad. Corrí a la playa seguida por mi perro.

La madre de Judith, en su caminata habitual de la mañana, se detuvo a medias cuando nos cruzamos.

—Los vi irse —cantó—. Les dije que recordaba fragmentos de Yeats.

POZO DE CALMA

—He venido desde lejos para verte —le dije a Hurst—. Fui a Cumberland, pero te habías ido.

—Me pareció mejor volver a casa —dijo él mientras me guiaba hacia el molino.

Me detuve en el puente y miré el agua que giraba con la rueda.

—Siento un gran cansancio —dije.

—Esta noche el sonido del agua te ayudará a dormir. —Entramos y Hurst dejó la puerta abierta. Las piedras rojas del piso estaban frías al contacto con los pies. Toqué una de las gruesas vigas de roble. Estaban todas las ventanas abiertas; el sol llegaba a cada rincón. Sirvieron el té: huevos duros y miel en panal.

—Está en todos lados, ¿no? —Me vino a la mente la música de *Die schöne Mullenn*.

Hurst entendió.

—Hay tres canales interconectados. La represa bordea uno de los lados del jardín. La casa es prácticamente una isla.

—Espacio y luz. Lograste que se filtraran en todas las habitaciones. —Recorrí el molino reformado de Hurst. Cada ambiente se conectaba con el siguiente—. Y hace eco —agregué mientras escuchaba el agua, afuera.

—Mira, ahí está el martín pescador. —Hurst señaló con la cabeza hacia una ventana.

Vi el destello de un ala azul verdosa y un pecho color óxido.

Desde la habitación con la galería, a través de cada una de las ocho ventanas se veían las ramas más altas de los árboles de alrededor. Había uno de los mandalas de Hurst colgado de una viga de madera, y un móvil que se mecía con la brisa que entraba desde

el exterior. Subí la escalera hacia la galería.

—Hay otra forma de bajar. Todas mis entradas son salidas —dijo Hurst—. Da un sentido de compleción.

Aprecié su planeamiento.

—Y se ven todos los rincones del paisaje.

Hurst se rio.

—Se la puede usar como torre de vigía.

Vi el humo en la distancia.

—Están quemando de nuevo —dije.

—Por eso mismo mi agua es útil. Tengo un equipo muy eficiente de extinción de incendios. Se enciende girando una llave. Mejor te muestro dónde está… por precaución.

—¿Algunas de estas pinturas son las de Julián? —Miré las paredes.

—La mayoría.

El molino era de Hurst. Durante cinco años, Julián había vivido ahí con su mujer y los mellizos. Tras la quema, su mujer se había llevado a los niños a Suiza. Hurst pasó un año viajando por la campiña, visitando lo que él llamaba los pozos de calma, retiros como el molino para aquellos que no eran complacientes.

—Salvé el molino, pero no pude hacer nada para ayudar a Julián. —Julián había sido su único hijo—. Construí mi taller ahí mismo.

Salimos al jardín y cruzamos el puente del primer canal. Había un bloque de madera carbonizada frente a la puerta del taller. Le habían tallado el nombre de Julián y su ocupación: pintor. No figuraban la fecha de su nacimiento ni la de su muerte. Vi un bote amarrado a una de las orillas del canal.

—Voy a cuidar tus rosas —dije; era importante planificar para el futuro. Cualquier intento de darse por vencido equivalía a jugar su juego. Lo que ellos querían era la inacción. Caminé por el jardín y subí a la casa del árbol que había construido Julián para los mellizos. Hurst, dentro del molino, encendió las luces. Desde el jardín, rodeado de agua, parecía un barco semihundido en la bahía portuaria. Sentí que me observaban desde el otro lado del dique. Saludé a la cara que vi mirando, presionada contra una de las ventanas de la galería, ahora cerradas. Entonces vi a Hurst de pie sobre el puente.

—¿Quién más vino? —Sentí frío.

—Nadie aún —dijo él mientras entrábamos.

—Debo haberme imaginado la cara —le expliqué.

—El reflejo de un búho que pasaba, seguro. —Hurst sonaba tranquilo.

—Hurst —decidí admitir—: tengo miedo.

—Por supuesto —dijo Hurst—. Todos tenemos miedo. Tenemos que vivir con eso. Mañana llegan Russell y Jane. Ya pudieron pasar Londres. Esta noche dormiré en la habitación frente a la tuya. Te has agotado; es la tensión.

Entré al estudio y tomé prestado un Conrad para esa noche. Estaban todos los libros que había tenido en mi vida, y muchos miles más. Sobre el escritorio había una foto de Julián. La cara joven y barbuda sonreía. Esa noche, más que dormir, dormité. Aunque había cerrado las cortinas, la oscuridad del exterior me resultaba amenazante. El cuarto se llenó de un sentimiento de aprensión. Escuché a Hurst que se movía por ahí; se filtraba un rayo de luz por la puerta que comunicaba las habitaciones. Cuando llegó el amanecer, me dije que había sido la tensión interna, ahora finalmente relajada, la que me había provocado esos inquietantes temores nocturnos, repeticiones de la infancia.

Russell me trajo el desayuno.

—Jane está durmiendo; llegamos alrededor de las cinco de la mañana.

Se veía más joven de lo que lo recordaba.

—Querido, querido Russell —dije—. Me alegra mucho que hayan podido llegar.

—Soy un chico astuto —sonrió—. Puedo atravesar el fuego, ¿no sabías?

—No, por favor. —Cerré los ojos y recordé el fuego. Me había quedado observándolos mientras ellos, metódicamente, se ocupaban de mi casa.

—No deberíamos olvidarlo nunca —dijo Russell—. Yo lo tengo en mente todo el tiempo. De esa forma estoy siempre atento. Saber que el peligro está ahí me ayuda a moverme más rápido. Los problemas empiezan cuando uno intenta olvidar. Es así como se acercan, se cuelan en el momento de descuido.

—¿Quieres decir que debo recordar?

—Hasta el más mínimo detalle. Todo lo que sabes te protege.

Cuando bajé y crucé la habitación con la galería, Russell estaba tocando Bach en el Blüthner vertical de Hurst. Hurst salió de su taller.

—¿Quieren venir conmigo al pueblo? Estoy recorriendo algunas tiendas. No deberían intentar trabajar aún. Dejen que pase el cansancio.

El pueblo, emplazado sobre una colina, comandaba una vista completa del bosque. Era un día de septiembre gloriosamente cálido. Hurst recibió varios saludos a lo largo de la calle principal.

—¿Por qué estás tan protegido?, —pregunté.

—Soy el molinero, ¿no lo sabías? —Sonrió—. Simbólicamente, por supuesto. Contengo el grano… la fuerza vital.

Una mujer de mediana edad se metió en el estanque caminando y espantó a los patos. Al salir del agua se sacudió como un perro, se detuvo frente a nosotros y escupió a Hurst. Él le dio algo de dinero. La siguieron tres chicos durante un rato, burlándose de ella; la mujer avanzó en zigzag hacia la iglesia.

—Hurst, ¿esa no era…? —Apenas podía hablar.

—Sí, era —dijo él—. Sus libros para niños tenían demasiada fantasía como para que la dejaran en paz.

—¿No deberíamos haber…? —No sabía qué deberíamos haber hecho.

—Nada —dijo Hurst—. Acampa en la iglesia con algunos de los otros. Se acuerda de poco, excepto, quizás, del fuego, que es el motivo por el que se mete al estanque todas las mañanas, para apagar el recuerdo que le queda. Ya no representa una amenaza para ellos.

La escena en el jardín de Hurst, cuando volvimos, era extrañamente ajena: el almuerzo estaba servido sobre una mesa de madera rectangular. Una imagen festiva, como un recuerdo de la infancia.

—¡Oh, Jane!, —la saludé, con la precaución de no mirarle el brazo derecho.

—Estoy escribiendo poesía otra vez. —Su voz sonaba alegre.

—Y ahora retoca muy bien con el brazo izquierdo. —Russell la besó—. Qué mujer increíblemente inteligente que tengo.

—De hecho, creo que mi mano izquierda es bastante más

creativa. —Estaba alardeando.

Cuando lanzaron sus poemas al fuego, Jane, instintivamente, corrió hacia delante: le habían sostenido el brazo derecho sobre las llamas durante ocho minutos. La reacción de Russell había sido diferente.

«Se olvidaron de esto», les dijo mientras arrojaba a la hoguera la fuga que acababa de terminar de componer.

Tras el almuerzo, Hurst sugirió una caminata. Yo me sentía sin ganas y decidí quedarme.

—Cuando vuelvan les tendré el té preparado —dije.

Me ocupé de levantar la mesa, cargué las cosas hasta el molino. Lavé todo y puse adentro la mesa para el té. Fui arriba a bañarme. Después, como en un sueño, recorrí las habitaciones de la planta alta. La identidad del molino se sentía como una presencia viva. Era todo tan hermoso; cada objeto se conectaba con el siguiente. Fui sobrenaturalmente consciente de los libros, las pinturas, la música y las copas de los árboles que se veían desde cada ventana. Estaban todas abiertas y el sonido del agua que caía vibraba a través de mis tímpanos. Entonces lo sentí, un sudor frío y húmedo sobre los hombros, luego hacia abajo siguiendo mi columna vertebral. Me quedé inmóvil ante la amenaza invisible. Estaba de espaldas contra una de las ventanas abiertas. Miré hacia la galería. No había nada. Entonces oí el golpe justo encima. Subí las escaleras. Antes de pasar a la siguiente habitación, sentí una quietud irreal que me hizo vacilar. Era una pintura que se había caído. La levanté y la apoyé contra la pared. Caminé lentamente por los otros cuartos y volví a bajar las escaleras hacia la habitación con la galería. Hice un esfuerzo para no apurarme. Bajé y salí al jardín. De pie sobre el puente, supe que me habían seguido. Miré cada ventana, una por vez. Una de ellas, ahora, estaba cerrada. Me senté en una reposera de cara al molino durante más o menos treinta minutos. Después recuperé la compostura, fui al cuarto de herramientas, encontré las tijeras de podar y empecé a decapitar las rosas.

Luego de la cena llevamos el café y el vino a la habitación con la galería. Hurst cerró todas las ventanas. Hablamos de los viejos tiempos y de los amigos en común. El sonido se oyó tan por lo bajo que al principio creí que lo había imaginado. Russell se puso de pie y escuchó.

—Se están llevando el bote —dijo Hurst—. Lo hacen cada tanto. Después lo devuelven. Yo finjo no notar ni una cosa ni la otra.

—¿Por qué?, —pregunté.

—Un pequeño indicio de su presencia constante. —Hurst miró hacia fuera—. Sí, ya no está. —Se rio a medias—. Podemos estar seguros de que tendremos una noche tranquila.

—Pero esta casa es muy grande, en este molino hay muchas habitaciones. —Mi voz sonó débil.

—Cada tres horas hago una recorrida por todos los ambientes —dijo Hurst.

—¿Ellos no lo saben?, —preguntó Jane.

—Seguramente anticipen algún grado de vigilancia —respondió Hurst.

—¿Dónde está Russell? —Jane se veía tensa.

Empezamos a correr de un lado al otro. Hurst nos detuvo.

—Tenemos que buscarlo juntos. —A ninguno se le había ocurrido gritar su nombre. En la planta baja encontramos la puerta abierta. Russell estaba de pie sobre el puente. Jane corrió hacia él. Él la abrazó fuerte.

—Todo está bien —dijo—. Solo hay una sombra allí en la higuera.

—¿Hurst? —Lo agarré del brazo—. ¿No sería mejor enfrentarlos?

—Es cuestión de supervivencia, no de suicidio. —Sonrió—. Cada vez hay más pozos. Es una resistencia pasiva que se manifiesta de manera positiva. El efecto va a ser acumulativo.

—¿Tenemos la paciencia, el valor incluso, para ganarles por cansancio? —Me sentía al borde de la histeria.

—Quizás no ganemos por cansancio, pero tenemos que ser creativos en proporción con el tiempo que nos queda.

—¿No estamos tratando de mantener con vida tumbas muertas?

—Sí, tumbas llenas de tesoros, como este molino. —Su tono era casi engreído—. Somos cuidadores, se podría decir. —Encendió su pipa—. No olvides que soy el molinero. Podemos aportar todos al tesoro, por más corto que sea el tiempo que nos quede. No pueden destruirlo por completo. Algo quedará para aquellos que vengan después.

—No me siento para nada valiente, Hurst. Prefiero sentar mi

posición y enfrentarlos.

—Un derroche de energía creativa —dijo él—. Recuerda lo que pasó cuando hiciste eso.

—Pero no me resistí. Solo me quedé ahí de pie y los miré destruir.

—Te dejaron ir. Tuviste suerte, como Jane y Russell.

Le recordé que a Julián no lo habían dejado ir.

—Aprende a conquistar el miedo —dijo Hurst.

—Pero está en todos lados. —Estaba a punto de quebrarme—. En este molino. Ya sé que está aquí.

—Sí, está aquí. Pero se puede vivir con eso, de todas formas. Se debe. Esa es al menos mi intención. Vamos, preparemos un café. —Entramos y volvimos a la habitación con la galería.

—Mañana todos nos pondremos a trabajar —dijo jane—. Te sentirás más fuerte.

—No me creo capaz de volver a trabajar —dije. Entonces lo vi, nos miraba desde arriba en la galería.

—Buenas noches, Hurst —dijo mientras bajaba la escalera—. Veo que tiene huéspedes de nuevo.

—¿Un café? —Hurst se mostró distante.

—Gracias, no, me estoy yendo. —Nos miró uno por uno—. No quiero molestar. Es meramente una inspección de rutina. —Sus ojos echaron un vistazo al brazo derecho de Jane—. ¿Pasaron por Londres al venir, si escuché bien?

—Nos quedaba de paso. —Russell habló con tranquilidad.

—Una destrucción desafortunada, por supuesto, aunque necesaria. Tendremos que reconstruir. Esta vez con un diseño abierto. Mejores instalaciones comunitarias. Sin unidades autónomas.

—En efecto, vamos a reconstruir —lo desafió Russell.

—Una lástima lo de su música —dijo él—. La disfrutaba bastante. Ahora no quiero robarles más de este tiempo que tienen juntos. No se moleste en acompañarme a la salida, Hurst; conozco el camino.

Cuando salió, oímos el golpe de la puerta.

—¿Fue una advertencia?, —preguntó Jane.

—Creo que sí —dijo Hurst.

Oímos un auto que arrancaba y se alejaba. Escuchamos hasta

que el sonido del motor se perdió en la distancia.

—¿Podemos seguir así?, —pregunté.

—Oh, sí —dijo Jane—, es incluso mejor. No queda alternativa.

—¿Qué tal unas melodías alegres? —Russell se sentó al piano y tocó un popurrí de viejas canciones sentimentales. Hurst sirvió más vino. Jane y yo cantamos. Nos fuimos a la cama relajados, sin tensión.

Durante nueve días, cada uno trabajó a su manera, estimulándonos el uno al otro con nuestra energía renovada. La presión le imprimió potencia y velocidad a nuestra producción. Devolvieron el bote y lo ataron otra vez a la orilla. Entre rachas de trabajo jugábamos al ajedrez, hacíamos jardinería, leíamos, escuchábamos música y nadábamos en los canales. Acordamos no salir a caminar más allá de los límites del terreno de Hurst. Cambió el clima. La lluvia nos mantuvo dentro. Jugamos al *ping pong* en lo que en algún momento había sido la habitación de juego de los mellizos.

—¿Podemos seguir creando por nuestra cuenta? ¿Sin ningún contacto con el mundo exterior?, —le pregunté a Jane, que me observaba mientras yo jugaba una partida de solitario bastante complicada.

—La pregunta de todos los tiempos. —Después, con suavidad, dijo—: Creo que están otra vez aquí.

Hurst y Russell jugaban al ajedrez.

—¿Cómo lo sabes? —Ordené mis cartas.

Ella fue hasta la ventana.

—Son tres. Uno por cada uno —dijo.

—Pero… somos cuatro, con Hurst —dije yo.

—Tres sin él —dijo Jane.

No sentí miedo.

—¿Deberíamos tratar de irnos, o nos quedamos?, —pregunté.

—Nos quedamos. —Jane fue terminante.

Me reuní con ella en la ventana.

—Vistos desde aquí parecen bastante pequeños —dije—. ¿Hurst sabe?

Jane me miró.

—Los llamó él. ¿No adivinaste cuál es su rol? ¿El molinero?

Tuve un momento de claridad.

—¡Por supuesto!, —dije—. Y entramos solos a la torre de marfil. Somos sus rehenes, y no por fortuna. —Me dieron ganas de reírme —. Rehenes de los muertos, de Julián. —Se me ocurrió algo más—: ¿Ya lo sabías cuando llegaste?

—Lo sabía —dijo Jane—. Se lo dije a Russell. No le pareció importante.

—Es irracional —protesté.

—Para nada. Como negociación, sí es racional. Él guarda nuestro trabajo. Ellos se quedan con nosotros. De ese modo, los tesoros de Hurst están a salvo.

—¿Y nosotros aportamos a esos tesoros?

—Podríamos decir que Hurst nos da la posibilidad de que aportemos.

—¿Y después habrá otros huéspedes?

—Claro, la tumba tiene que ser perpetuamente enriquecida.

—Guardián del grano. —Recordé la figura evocada por Hurst—. Pero nos tiene cariño.

—Oh, nos ama. Somos una extensión de lo que representaba Julián.

Un pensamiento me hizo estremecerme.

—¿Quieres decir que él…?

—Bueno, salvó el molino, no a Julián.

—Bien —dijo Hurst con la voz áspera. Se puso de pie—. Me alegra que lo hayan descubierto por su cuenta. Menos que explicar. Estaba casi seguro de que iban a llegar a la conclusión lógica.

—¿Y cuándo vienen por ti, Hurst?, —preguntó Russell.

—Cuando esté muerto me reemplazarán. —Se alejó y bajó las escaleras. Lo escuchamos abrir la puerta principal.

Russell abrió las ventanas. Había parado de llover.

—Hola, cariño. —Jane extendió su mano izquierda hacia Russell.

Los escuchamos subir las escaleras.

GUIJARROS DEL DESASOSIEGO

El día de enero tenía la claridad de un cristal. Un sol extemporáneo transformaba el paisaje. La desolación invernal adquiría definición. Tras semanas de lluvia, la nitidez era vigorizante. Las llanuras irradiaban color. Las zonas marrones, deforestadas, brillaban en tonos púrpura. Las zarzas sin hojas y los matorrales centelleaban con los nuevos brotes. Los terrones de césped verde, empapados, se sentían como musgo bajo mis pies. Miré el azul cerúleo del cielo que enmarcaba las curvas y las inclinaciones. Sentí que la vida era buena. Mi perro se puso a cavar una de las madrigueras, sentía el rastro de alguna criatura que hibernaba. Respiré profundo y caminé lentamente hacia el pico más alto. Una alondra gorjeó al pasar sobre mi cabeza, luego voló rápidamente hacia arriba y se dejó caer en picada, vertical, con las alas extendidas y en absoluto silencio. Silbé para demostrar mi admiración. La alondra repitió su acrobática proeza.

En una curva en el sendero angosto me encontré con el anciano y su escuálido terrier.

—Un día casi perfecto —dijo mientras se corría a un lado para dejarme pasar. Nuestros perros jugaron a medirse. Desde donde estábamos se veía el pueblo y la cancha de fútbol. Había figuras con camisetas azules y rojas corriendo de arco a arco.

En la cima miré hacia abajo, al mar, un mapa de tranquilidad. Los parches de sol, dorados, se extendían desde las rocas en la orilla hasta el horizonte, en el cielo. De niños solíamos creer que se podía correr por esos caminos de luz imaginarios. Miré hacia atrás para ver al anciano. Lo vi bajar. Se tambaleó y cayó. Me eché a correr

hacia él, pero se levantó solo y siguió, ahora menos animado, con el terrier cerca de sus talones. Entonces los vi a ellos, estaban de pie en la cima de la colina de enfrente, en fila, cada uno sostenía un palo de su misma altura. Con precisión deliberada rompieron la formación y bajaron dando giros, ejecutando un patrón de movimientos en zigzag, cruzando y volviendo a cruzar cada uno sobre los pasos de los otros hasta alcanzar la parte llana. Era un ejercicio. Oí a la alondra gorjeando de nuevo, pero no miré hacia arriba.

Concentrándome intensamente en la nítida tarde de invierno, recorrí el camino hasta la vieja casa parroquial situada en el último hueco entre las colinas.

—Hola —dijo Julián—. Llegaste justo para el té.

Fion corrió a recibirme seguido por Mutley, su pastor lanudo, que enseguida dio una vuelta alrededor de mi perro y, sin tocarlo, lo condujo otra vez en dirección al jardín.

—Se despertó mi tortugo —dijo Fion—. Ven a verlo. —Puso su pequeña mano sobre la mía.

—Después, Fion —dijo Olwen. Tenía un plato con *scones* en una mano; empujó al niño hacia la sala de estar.

Después del té les conté lo del ejercicio y lo del anciano que se había caído.

—Ritos de la primavera… prematura, invocando las supersticiones primitivas del anciano; de ahí la caída, una suerte de asombro reverencial —dijo Julián.

—Querido —dijo Olwen—, no somos tus estudiantes. Basta de fundamentaciones.

—Mutley los habría hecho cambiar de dirección. —Fion estaba excitado.

—Muéstrame tu tortugo —le dije para cortar la tensión.

—Este semestre la escuela no me está gustando mucho. —Fion metió más heno alrededor del pequeño caparazón dentro de la caja —. Están todos muy enojados. Y no hay secretos.

—¿Secretos?, —le sonreí.

—Ya no tengo mejores amigos. Nadie quiere escuchar secretos. Y yo soy muy bueno contando secretos. Ahora se los tengo que contar a Mutley —suspiró—. Extraño tener un mejor amigo.

Me quedé a cenar. Más tarde, Julián se ofreció a llevarme a casa.

—No lo olvides —dijo Olwen mientras me despedía con un beso —, siempre puedes contar con nosotros.

—¿Estás preocupado, Julián?, —pregunté en el auto.

—Estoy olisqueando el aire, podríamos decir. No más que eso. Por ahora es todo muy vago. —Limpió la humedad condensada en la ventana—. No tengo nada de que quejarme, excepto detalles. Algunos cortes, más sugerencias que órdenes. Los que me perturban son los estudiantes. Aunque, de nuevo, no hay nada concreto para señalar. Un letargo general, inusual al principio de un nuevo semestre.

Nos quedamos en silencio mientras el auto avanzaba. La noche estaba salpicada de estrellas. Brillante, levemente escarchada. Algunas luces que se balanceaban sobre el mar indicaban la presencia de barcos pesqueros.

—Desde aquí tienes una linda vista. —Tras frenar junto a mi casa, Julián miró hacia el mar.

La terraza tenía un aire amistoso. Las luces seguían encendidas en varias habitaciones. Bajo la intensa luz de luna mi jardín se veía claramente definido. Noté que había más bulbos brotando antes de tiempo, y brotes verdes en los arbustos. Mi vecino, David, estaba parado frente a la puerta. Me llevó un momento reconocerlo. Me mostró una jarra de leche.

—Se me acabó —dijo.

Abrí la puerta para que entráramos, llené la jarra y le ofrecí un té, que aceptó. Hablamos de trivialidades y agradecimos el cambio de clima. Le di varias oportunidades para que me dijera por qué había estado esperando mi regreso a casa, pero él las ignoró por completo. Cuando se fue, sentí de pronto un gran cansancio. El buen tiempo había sido prematuro, y extrañamente inapropiado. Sonó el teléfono. Era David.

—Olvidé decírtelo —dijo—. Aquel anciano con el perro escuálido. Murió.

—Lo lamento —dije.

—Un ataque cardíaco, probablemente. Cerca de la cancha de fútbol. Había estado caminando por las colinas.

—¿Y el perro?, —pregunté.

—Se escapó.

—¡Qué extraño!, —dije.

Intenté trabajar. Escribí dos páginas y las rompí. Afuera, alguien gritó. Corrí hacia allá. Mary, mi otra vecina, estaba de pie frente a la reja del jardín. Señalaba hacia abajo. Era el terrier del anciano, muerto. Saqué a mi perro de en medio, me agaché y toqué el cuerpo. Seguía tibio. Tenía el cuello roto.

—¿Por qué lo dejaron aquí?, —preguntó Mary cuando logré calmarla.

No le respondí. Ella me miró mientras tomaba una bolsa, envolvía el cuerpo del animal muerto y lo cargaba hasta el cobertizo.

—Le voy a pedir al veterinario que se lo lleve mañana —dije. Me pregunté qué cosas no había notado en lo que había visto aquella tarde.

—Muy profesional —dijo el veterinario mientras inspeccionaba al perro muerto—. Al menos no sufrió. Un chasquido, y eso fue todo. Qué desagradable que lo hayan dejado en tu reja. —Hizo una pausa—. Algún vándalo, imagino. Escuché que el anciano murió ayer. Mejor así. Esto le habría roto el corazón.

—Dijeron que el perro había escapado.

—Sorprendente, en ese caso —dijo el veterinario.

—Es lo que pensé.

—Tanta crueldad estos días… hacia los animales, quiero decir. —El veterinario se lavó las manos—. Sin sentido.

—Me pregunto —dije—, si realmente carece de sentido.

—Bueno. —El veterinario se acercó a la puerta—. Tengo que irme. Otro día agradable. Aunque más frío.

Lo miré cargar la bolsa hasta la puerta trasera de su camioneta. Esa tarde volví a las colinas. El viento me arrancaba lágrimas de los ojos. Me puse los lentes oscuros para protegerme; también tenían aumento y eso era una virtud. Las nubes opacaron el sol. Pasando la cancha de fútbol, al inicio de un camino que cruzaba sobre la colina, había un gran cartel: *Peligro. Práctica de ejercicios*. Giré y volví a casa siguiendo el camino del acantilado. El mar estaba verde y parecía muy frío. Las gaviotas volaban en círculos, se aventuraban, inquietas, hacia la tierra y de vuelta al mar. Olwen estaba sentada en su auto frente a mi casa.

Adentro, le conté las novedades sobre el anciano y su perro.

—Olvídalo —dijo ella—. Lo mejor es ni darse cuenta de estas

cosas.

Manifesté mi sorpresa.

—Uno empieza a sumarlas. Julián lo hace todo el tiempo.

Pequeñeces, irrelevancias, omisiones, contradicciones, ambigüedades. Está constantemente buscando razones. Y las razones no lo satisfacen. No pueden, porque no encajan. Sus estudiantes ya no sacan sus libros de la biblioteca, entonces se pone nervioso. Les hace preguntas con disimulo, y también directamente. Ellos se quedan mirándolo.

—¿Y a ti no te molesta?

—Yo le digo que use su energía para su propio trabajo, y para nosotros. Fion está empezando a sentirse confundido. Yo lo incentivo a que lo hable por medio de la fantasía. Ahora, en la escuela, lo silencian, o más bien descubre que no hay público para sus historias.

—Entonces dices que… —empecé.

—No digo nada, excepto que no deberíamos notar estos…

—¿Indicadores?, —completé su frase.

—Si quieres ponerlo así. —Sus ojos verdes brillaron con irritación—. Es contagioso.

—¿Y nosotros debemos permanecer sanos? —Usé el adjetivo irónicamente.

—Bajo control —dijo Olwen, y después, más suave—: Mantengamos la calma.

—¿Aunque haya misterios?, —arriesgué—. ¿Como el anciano y su perro?

—¡Eso es una tontería! Una coincidencia de accidentes; uno natural, el otro sin sentido. —Eran los términos del veterinario.

—¿Sin duda tú y yo podemos, Olwen, intercambiar secretos? Me refiero a la verdad.

—No es necesario. Los conocemos. Dejémoslos tranquilos.

Presioné un poco más.

—¿Sumisión, entonces?

—Resistencia pasiva. —Su voz sonó aguda.

—¿Estás diciendo que la ignorancia es una bendición?

—Vete al diablo —dijo ella—. Tengo dos personas por las que preocuparme.

—Ah, sí, perdón —dije—. Yo solo tengo mis propias

preocupaciones.

Extendió su mano. La tomé.

—Quieren que nos angustiemos —dijo ella.

La conversación volvió al terreno del lugar común.

—Si alguna vez —dudó Olwen mientras entraba a su auto—, si en algún momento quieres un cambio, no olvides la vieja iglesia. No estamos tan lejos.

—No lo olvidaré. —La saludé con la mano mientras se alejaba.

Más tarde, David me devolvió la leche que le había prestado. Entendí que venía porque quería conversar. Le preparé un trago.

—Tienes suerte —dijo—, de trabajar en casa. No tienes que tratar con otra gente.

No lo contradije.

—¡Yo estoy totalmente agotado!, —dijo—. No sale nada bien, aunque nada sale realmente mal, tampoco. Digo, si al menos se pudiera separar el trabajo del ocio, no sé si me entiendes. Es imposible. El viaje a casa es la muerte. Caras sombrías, ceños fruncidos, y, por supuesto, uno nunca sabe qué esperar. —Aceptó otro trago—. Vine aquí para escaparme, me refiero a la presión. Esta es un área segura.

—Es relativamente segura —intenté tranquilizarlo.

Cuando me acercaba para servirle un tercer trago vi la ambulancia que se aproximaba y luego se detenía en la puerta de la casa de Mary. Salimos rápido con David, listos para ayudar. Abrieron la puerta de atrás. Una enfermera guio a Mary hacia fuera. Su expresión era neutra; no nos reconoció.

—¿Qué pasó?, —pregunté.

—Está desorientada. —El chofer fue cortante.

Volvimos a entrar sin decir una palabra. Sabíamos muy bien qué significaba. Por un día o dos vendrían a cuidarla. Después se la llevarían. Era una enfermedad común, oficialmente registrada como incurable.

—Me pregunto quién será nuestro vecino —dijo David. Más que insensible, estaba siendo pragmático.

La lluvia se instaló durante dos semanas. Por las noches se oían las sirenas de niebla. El nuevo vecino resultó ser un hombre joven. David intentó socializar con él, sin éxito. Mis intentos fueron igualmente infructuosos. Salía a las nueve de la mañana y volvía a

las seis. Los fines de semana lo veíamos en las tiendas haciendo sus compras con aire desinteresado, y caminando solo por la playa. Cuando llovía se sentaba con la espalda contra la ventana. Había sido claramente desensibilizado.

Caminé por el camino del acantilado hacia la vieja iglesia. Las persianas estaban cerradas. *No entrar*, decía el cartel.

—¿Cómo está el tortugo?, —le pregunté a Fion.

—Tiene una esposa —dijo él—. Se mudaron al jardín. Ya no podemos ir a las colinas. Mutley está enojado.

—Julián pidió un año sabático —me dijo Olwen—, y se lo dieron. Es una bendición, aunque está condenado a preocuparse por sus alumnos. De todas formas, muchos de ellos se han ido.

—Olwen sigue restándole importancia —dijo Julián al entrar a la habitación—. ¿Escucharon las últimas noticias?

—Hoy no —dije.

—Nos reclasificaron. Ya no somos un área segura. —Tomó la tabla de ajedrez—. ¿Quieres jugar?

—¿Estuvimos alguna vez a salvo de verdad?, —pregunté.

—Dentro de ciertos límites.

Julián colocó las piezas. Yo tomé una decisión.

—Voy a echar un vistazo a las colinas —dije.

—No digas locuras —estalló Olwen.

—¿Por qué no? —Julián empujó las piezas, que cayeron del tablero—. La entrada por el bosque sigue sin estar señalizada. Siempre podemos decir que nos perdimos… si nos interrogan.

—No van a ir —gritó Olwen.

—Es necesario —dijo Julián—. Tenemos que aprovechar todo lo que se nos ofrece, incluso las limitaciones.

—No es necesario que vengas conmigo —dije.

—Oh, sí. —Olwen fue tajante—. Tiene que explorar las posibilidades.

Con la euforia de la temeridad, nos internamos en el pequeño bosque detrás de la vieja iglesia. Aunque faltaran algunas semanas para la primavera, los árboles estaban repletos de brotes. Llegamos a la tranquera que daba paso a las colinas.

—Démonos un beso de la buena suerte —dije. Trepamos la primera elevación y nos quedamos de pie en la cima. Llegábamos a ver todas las colinas a nuestro alrededor. A nuestra izquierda, el

mar. Las alondras se elevaban sobre nuestras cabezas y caían en picada. No había nadie a la vista. Nos reímos con alivio, nos tomamos de las manos y corrimos cuesta abajo por la pendiente.

—Ojalá hubiera traído a mi perro. —Lo había dejado al cuidado de Fion. El sol brillaba de forma irregular, coloreando primero un área, luego otra. Caminamos varios kilómetros, subiendo y bajando, bajando y subiendo, respirando en la amplitud del paisaje vacío.

—Quizás seamos las únicas personas que quedan en la tierra —dije.

—Vamos. —La voz de Julián rebosaba de la alegría del alivio—. Volvamos a subir la colina y después a casa, a casa para el té.

Nos dimos vuelta. Ahí estaban, en la cima. Miramos hacia atrás. Una columna similar, cada uno sostenía un palo de su misma altura. Empezaron a moverse hacia abajo con calculada precisión.

—Toma mi mano —dijo Julián—. Tenemos que seguir camino a casa, como pretendíamos.

Ellos rompieron la formación en cámara lenta y giraron en nuestra dirección ejecutando un patrón de movimientos en zigzag, cruzando y volviendo a cruzar cada uno sobre los pasos de los otros.

—Si tenemos suerte, podemos llegar a esquivar la simetría de su recorrido —dijo Julián.

Los sentimos mientras pasaban a nuestro lado, fila tras fila. El aire que desplazaban con sus intrincados patrones de movimiento nos golpeaba a medida que avanzaban. Tropecé. Julián me levantó de un tirón.

—No tenemos que alterar nuestro paso ni desviarnos en lo más mínimo —dijo.

Mientras avanzábamos por el sendero nos rodearon por todos los flancos sin desviarse ni un milímetro, en ningún momento, de su rígido ejercicio. Cada uno pisaba sobre las huellas del otro. Los cruces y recruces de sus líneas continuaban con una lentitud implacable, perfectamente al unísono. Yo sudaba. Sentí el cansancio. Quería hacer una pausa. Julián me apuraba para que subiéramos. Vi la tranquera a lo lejos. Otro grupo comenzó su descenso.

—No mires atrás —dijo Julián—. Sigue el flujo de nuestra ruta natural.

Vi uno de los palos en el momento en que uno de los hombres

pasaba a un centímetro de mi cuerpo: brillaba como acero. Giraban en espiral hacia la izquierda y hacia la derecha de mi campo visual. Apreté los brazos contra mi cuerpo temiendo golpearme contra uno de los palos. Su precisión, mientras repetían los movimientos de los que habían descendido antes que ellos, era monstruosamente certera. Entreví ojos, cabezas, pechos, brazos, piernas, y, constante, el acero brillante de los palos. Vi los últimos tres que giraban en nuestra dirección. Uno pasó a nuestra derecha, el otro por la izquierda. Julián me alejó con rapidez mientras el tercero se estrellaba contra el espacio vacío que habían dejado nuestros cuerpos y continuaba su camino.

Llegamos a la tranquera.

—No mires atrás —dijo Julián—, no tenemos que parecer inquisitivos. —Su voz sonó frívola.

Me quedé de pie del otro lado de la tranquera, temblando por el miedo diferido.

—¡La suerte del jugador! —Mi hilaridad era una forma de histeria—. Un centímetro aquí, un centímetro allá, podríamos haber quedado atrapados. —De repente lo entendí—. Así murió el anciano. Inmovilizado por el miedo.

—¡Claro! —Julián me prendió un cigarrillo—. En cualquier momento, en cualquier lado, en la vida.

—¿Y el perro muerto en la entrada a mi jardín?

—Un aviso —dijo Julián—. O, como diríamos en la jerga ajedrecística, un jaque.

—No mate, sin embargo; acabamos de pasar —me jacté.

—Por ahora —dijo Julián—. Vamos a casa a tomar el té.

EL VALLE HERMOSO

Nos quedamos de pie, muy quietos. Todo zumbaba lleno de verano. Habíamos doblado en el viaducto de la era victoriana, hacia el bosque, subiendo lentamente, hasta llegar a una pendiente que nos ofreció una vista del valle. Brillaban de color ámbar las hectáreas de trigo en la tarde de agosto. La opulencia de los campos cercados había sido una sorpresa. Yo caminaba al frente, Rick me seguía y mi perro iba detrás de él. El sendero era angosto, aún más apretado por la proliferación de las zarzas que se entrelazaban, las flores salvajes y las bayas que bordeaban la arboleda a nuestro lado. Habíamos cruzado el campo desde el bosque que ahora teníamos enfrente. Había habido un momento de miedo. Aquel hombre con su banquito de lona, un retriever negro a sus pies, el arma que apuntaba directamente a un claro. Expresó su indiferencia con tres disparos.

—Discos de tiro al blanco —dijo Rick.

Le dirigimos un saludo que ignoró. Entrar al valle sembrado de trigo había sido un alivio. Más disparos, débiles pero decisivos, nos indicaron que el hombre seguía ahí. El trigo nos llegaba hasta la cintura.

—Me alegra que aún sea posible caminar por el campo. —Me incliné hacia Rick, quería destacar su parte en aquel esplendor veraniego.

—Lo aceptan como una extensión de nuestra actividad, al menos tácitamente —dijo él.

—¿No podrían hacer lo mismo los habitantes del pueblo?

—No es fácil. Tendrían que demostrar una razón, al menos en sentido figurado. A nosotros nos habilitan el espacio para respirar, nos dan permiso oficial para tener períodos de contemplación, claro

que dentro de ciertos límites. —Rick se veía inmortalmente joven, iluminado por el sol contra el fondo de trigo.

—¿No te cruzas con nadie en tus caminatas?

—Algún guardabosques, jardineros, trabajadores agrícolas, y —agregó con ironía— hombres con armas, como nuestro amigo de allá atrás. —Asintió en dirección a los límites del valle, en sombras.

—Me alegra que hayamos venido aquí directamente. —Respiré el aroma del trigo y de los arbustos, absorbiendo a la vez el sonido de los insectos, los pájaros y los pequeños roedores del campo.

—Pensé que te iba a relajar, después del largo viaje. —Rick sostuvo ante sus ojos el pedazo de cristal que habíamos encontrado en el bosque—. Esto parece una astilla de meteorito. Voy a decirle a Adrián que lo analice; es nuestro cristalógrafo *amateur*.

Como si hubieran emergido del trigo, vimos que Adrián, Jill, los dos niños, y Dana, al frente, venían pedaleando hacia nosotros, y nos saludaron con alegría.

—Hoy toman el té conmigo —dijo Dana al pasar.

Doblando en la curva, miraron hacia atrás y volvieron a saludar. Los vimos alejarse hasta perderlos de vista.

Nos movíamos como en un sueño, empapados de sol, a través del trigal. Vimos al retriever negro agazapado junto al cruce de la cerca. Hice un ademán para palmearle el lomo. Se escabulló. En el pueblo, pasamos frente a las casas bien cuidadas con sus ventanas cerradas y sus prolijos jardines delanteros. No se veía a nadie. Doblamos en el camino que conducía a la iglesia normanda. Había una anciana arrodillada sobre una de las tumbas. Nos hizo el gesto contra el mal de ojo.

—¿No deberíamos tranquilizarla?, —pregunté.

Rick sacudió la cabeza.

Encontramos a Ross en su estudio tirando ácido blanco sobre un panel de vidrio.

—Esta parte del proceso es complicado —dijo mientras seguía trabajando.

El sol que entraba por las ventanas resaltaba los rojos, los azules y los amarillos de su diseño. Rick abrió el horno y sacó una de las bandejas.

—Tomó bien —dijo, cerró la puerta del horno y cortó la corriente.

Salí por uno de los ventanales y vagué por el parque que rodeaba la casa. Había dos robles de gran circunferencia adheridos el uno al otro, una unión natural ocurrida a lo largo del tiempo. Con la espalda apoyada contra los troncos, miré hacia la casa, una construcción con la dignidad del siglo dieciocho, en algún momento un hogar de privilegio, ahora un centro comunal para aquellos que aún practicaban sus artes: pintores, escultores, alfareros, tejedores. Dana estaba sentada en la escalera que subía a la galería. Corrí hacia ella.

—Hora del té —dijo, y me dio la mano.

Camino a su casa, formulé mi pregunta:

—¿No ha habido ninguna…?

—¿Insinuación? —Dana completó la frase—. No exactamente. Por la noche cerramos los estudios con más cuidado. Me alegra que hayas venido —dijo.

El té fue un regreso a la infancia: scones caseros, cuencos con mermelada, fuentes con pan y manteca, berro, huevos duros, un budín con semillas y otro de jengibre. A los niños les dieron gelatinas de fruta.

—Vamos a tener que ser un poquito más cuidadosos —dijo Adrián cuando los niños salieron a jugar—. Tapiaron la oficina de correos. Es redundante, dicen. Somos los únicos que escriben y reciben cartas.

—¿Y la gente del pueblo?, —pregunté—. Deben usarla, ¿o no?

—Han perdido por completo la costumbre. —Adrián encendió su pipa—. No se incentiva la comunicación.

Mientras caminaba con Rick de regreso a la casa, dije:

—Supongo que ese es el quid de la cuestión. La comunicación, quiero decir.

—Han decidido desincentivarla. Es por eso que seguimos adelante. —Rick me dio su mano.

Pasamos las casas bien cuidadas con las ventanas cerradas y los prolijos jardines delanteros. Desde dentro llegaba el brillo débil de las pantallas de televisión. Rick siguió la dirección de mi mirada.

—Nos ofrecieron televisores a todos. Adrián aceptó uno para los niños, y para ver las noticias, en todo caso.

Rick me llevó hasta la tumba en la que habíamos visto a la anciana más temprano. Se agachó y recorrió con el dedo las letras

casi borradas para leer el nombre y la ocupación del hombre muerto. *Vidriero*, decía.

—Era el único hijo de la mujer. Tenía ideas que trascendían la mera práctica de su oficio. Es por eso que la anciana nos resiente. Representamos una aspiración peligrosa. Se suicidó.

—¿Por qué? —Mi voz salió débil.

—Lo aislaron. En ese momento, el Centro aún no existía. No tenía dónde refugiarse. —Rick arrancó algunos yuyos de la tumba, muy mal cuidada.

Las habitaciones en las que vivía Rick, compartidas con Ross, estaban al frente de la casa, en la planta baja. Durante la noche oí las pisadas caminando, corriendo, yendo de aquí para allá. Un par de aullidos, luego silencio. Ross salió. Cuando volvió, dijo:

—Rompieron otro par de cercas en el predio. No vale la pena repararlas. —Sonaba aburrido.

Rick hizo té y se sentó en mi cama a hablar de los tiempos alegres que habíamos compartido. Recordé mi viaje. El trayecto desde la costa hasta Londres. En las rutas había visto pocos autos particulares. Sobre todo camiones, transportes públicos, vehículos militares: capté el tufillo de sus programas de radio oficialistas. La tediosa demora en el centro de investigación, las computadoras que zumbaban con sus datos. Con mis credenciales ya verificadas, conduje hacia el norte. Reprimí el deseo de salir de la autopista para revisitar pueblos y aldeas que no estaban en mi ruta de destino, sabiendo que en los puntos de control por radar me prohibirían la entrada. Sudé mientras atravesaba las ciudades industriales, sentí la opresión de las ventanas cerradas en las torres de departamentos. Había planeado mi viaje para que no coincidiera, en los lugares por los que tenía que pasar, con el horario en el que la gente salía a hacer las compras. Era incapaz de soportar los 90 decibeles de la música pop que pasaban durante esas horas por los megáfonos de la calle.

—Abre la ventana, Rick —dije, con necesidad de libertad.

—Vigilan la luz que consumimos —dijo él—. Ya excedimos nuestra cuota de tiempo permitido. El único motivo por el que aún sobrevivimos es una ley obsoleta que le da a los centros como este algunos privilegios poco definidos. Va a ser modificada… ¡a su debido tiempo!

—¿Mientras tanto?

—Mientras tanto seguimos adelante. La táctica es muy sólida; se basa en el resentimiento que provocamos en la comunidad.

—¿Celos, quieres decir?, —pregunté.

—No, miedo. Representamos el peligro. El inconformismo es una enfermedad. Somos posibles fuentes de contagio. Nos ofrecen oportunidades para… —soltó una risa breve— integrarnos. El rechazo se registra como hostilidad.

—¿Y la obra?

—Queda en nuestros estudios. Nos han ido reduciendo los cupones para víveres proporcionalmente. En términos de alimentación, en lo esencial, somos autosustentables.

—¿Y pueden seguir así?, —exclamé.

—Se puede ir hasta el límite. —Apagó la luz—. Que duermas bien —dijo—. Tenemos que usar el tiempo de la manera más creativa posible, en las conversaciones, en el trabajo, en el amor. Debemos preservar las vías de comunicación, mantenerlas abiertas para que las puedan usar otros cuando las necesiten.

—Cuando vuelva me voy a llevar algunas de tus obras conmigo —dije—, para compartirlas con los demás en la costa.

—Eso es un alarde —dijo Rick—. No hay apuro. Primero explora las limitaciones.

Desperté temprano, era otro día de verano espléndido. Ross ya estaba trabajando.

—Nos ofrecieron una casa —dijo Adrián cuando nos encontramos en los jardines.

—¡Oh, no! —Sentí que me invadía el miedo.

—Es la segunda vez en cuatro meses —sonrió Adrián—. Nunca les presto atención a los formularios oficiales. Podría decirse que soy despistado.

Cuando me reuní con ellos, Rick y Dana se estaban riendo de una broma compartida.

—¿No sienten la tensión? —Mi pregunta era en parte retórica.

—Menos que ustedes allí en la costa, amor —dijo Rick—. Nosotros nos tenemos el uno al otro. Por eso te pedimos que vinieras, para disolver un poco la tensión, para que puedas renovarte antes de volver.

Pensé en mi pequeña casa de guardacostas, donde trabajaba,

caminaba, hacía las compras y hablaba con mi perro. Los vecinos, los míos, mantenían las ventanas cerradas y los televisores encendidos. Yo había rechazado la oferta de un televisor. Me ocupaba de mi jardín delantero, actividad igualmente perversa, aunque no estaba tan cuidado como los de mis vecinos, de los que se ocupaban las máquinas. Tenía flores y frutales. Todas las noches dejaba tanto flores como frutas junto a la entrada a mi jardín, regalos para aquellos lo suficientemente valientes como para aceptarlos. Cada tanto dejaba algún libro, pero nadie se atrevía a llevarlos. Era una forma de conversación.

—Nosotros hacemos lo mismo —dijo Dana—. La semana pasada canté una victoria. Dejé una de mis pinturas afuera. Se la llevaron.

—¿Cómo sabes que no fueron ellos?, —pregunté.

—Jamás permitirían que pensáramos que hay margen para la aceptación —dijo Rick.

—Quizás estar con otros sea peor. —Consideré el asunto—. Los otros nos ayudan a desarrollar el coraje, nos vuelven más desafiantes.

—Pero a la vez estamos más seguros, repuestos por nuestro intercambio diario de amor y conversación. Funcionamos como válvulas de seguridad el uno para el otro —dijo Rick.

—Hagamos un pícnic, como si fuera un día cualquiera —dijo Dana.

—¿En el valle?, —pregunté.

Elegimos un pequeño claro justo antes del bosque, con vista a todo el valle sembrado de trigo. Nos reímos, conversamos, jugamos juegos tontos, comimos el pícnic y nos adormecimos, intermitentemente, en el calor de la tarde. Miré a Dana hacer un collar de flores silvestres que luego colgó del cuello de mi perro.

—Mañana te voy a pintar —dijo. Era un símbolo. Cerré los ojos para contener las lágrimas.

—Voy a explorar un poco. —Rick fue hacia el bosque. Observamos su cuerpo alto y delgado hasta que lo perdimos de vista.

—Nada de que preocuparse, amor —dijo Dana—. Estará bien. —Agarró uno de sus blocs de dibujo.

Más o menos una hora más tarde, Rick volvió.

—Arriba, donde termina el bosque, están construyendo más

casas —dijo—. Diecinueve, de hecho.

Si se contaba una por una cada unidad familiar, y a Ross y Rick como dos, en el Centro vivían diecinueve.

—Pero no pueden, no es legal… —tartamudeé.

—En este mismo momento están redactando una nueva ley. Es cuestión de rutina, de tiempo —dijo Rick.

—Vamos a ir a visitarlos a la costa —dijo Dana—. Hay formas de llegar.

—Pueden ser mis huéspedes. —Sentí una alegría histérica.

—Los huéspedes son sospechosos. Seremos tu familia —dijo Rick.

—Ya aprobaron la nueva ley en el ayuntamiento —dijo Adrián cuando volvimos—. Una reducción gradual de los Centros de Artes. Entra en vigor a medianoche. Creo que esto amerita una fiesta.

Hicimos la fiesta en la sala de conferencias. Nadie habló de las noticias, que se repetían en el televisor de Adrián. A medianoche, salimos tras abrir todas las ventanas de la casa. Las luces se apagaron de repente.

—Un corte de luz, en el momento más oportuno —dijo Ross—. ¿Quién prende las velas?

Primero mudaron a las casas nuevas a los casados con hijos. Si había niños, era inútil discutir.

—Ahora tendrás que volver a la costa —dijo Rick—. Intentaremos llegar más adelante.

Volví a los campos de trigo bajo una suerte de hipnosis. Me acompañó Ross.

—Se están preparando para la cosecha —dijo—. Mira la hondonada, ya están ahí las máquinas cosechadoras.

Varios de los estudios habían sido tapiados. Las obras que habían dejado quienes ya se habían mudado a las casas fueron removidas. La casa emitía un sonido hueco; te hacía tomar consciencia del vacío. Ross embaló toda su obra. Dana llevó sus lienzos a su habitación. Rick montó los suyos en el estudio como si se estuviera preparando para una exposición. Elegí una de sus esculturas de vidrio y la llevé hasta mi auto.

—Me voy a arriesgar —dije cuando él me aconsejó no hacerlo—. ¿No pueden hacer que te mudes?

—¿De aquí? Sí —dijo Rick—. Es un cierre legal del Centro y sus

espacios de residencia. Nos van a ofrecer una casa a cada uno, que podemos rechazar. En términos de procedimiento, a esta altura es todo muy correcto. Ahí reside la ambigüedad de la elección.

—¿Como la mía en la costa? —Recordé haber insistido en quedarme en mi propia casa. Tener una propiedad me daba cierta libertad, aunque las presiones para que se pareciera a las vecinas eran intensas.

—¿Por qué fueron los demás? ¿Adrián y Jill?, —pregunté.

—Los niños —dijo Rick—. Los menores tienen que ir, con o sin sus padres. Vamos a tener que encontrar instalaciones nuevas que sean aceptables para ellos, dentro de lo razonable. Difícil, pero no imposible. Tienes suerte de haber tenido tu propio lugar antes de que lanzaran el nuevo plan habitacional.

—Quizás cambien también esas leyes.

—Probablemente, en algún momento, si es que llegan a descubrir que plantean una amenaza demasiado grande. —Hizo una pausa—. Lo mejor sería que durante un tiempo no dejaras regalos en la entrada.

—Es una forma de mantenerme en contacto —dije.

—Vamos a seguir en contacto. Eso es seguro. —Rick cruzó su brazo sobre mis hombros.

—Me queda un día más —le sonreí.

—Recuerda, las visitas de un área a la otra siguen estando oficialmente permitidas, aunque sea de tanto en tanto.

—¿Entonces por qué los demás…?

—¿No aprovechan? Pierden el tacto… para mantenerse en contacto. Es un arte en sí mismo. Si uno lo hace con regularidad, lo consideran parte del… —sonrió un poco— estilo de vida personal. Es posible que se ocupen de esa anomalía de forma legal, en cualquier caso. Están constantemente agregando cláusulas a las nuevas leyes. El cierre de las oficinas de correo indica esa posibilidad. ¿Sabes?, —dijo—, sueño que hablo por teléfono.

Al día siguiente, Rick y yo repetimos la caminata que habíamos hecho el día de mi llegada. La mitad del campo había sido cosechado. De regreso, vimos a Dana en bicicleta pedaleando hacia nosotros. La imagen tenía algo de *déjà vu*, excepto por el hecho de que Adrián, Jill y los dos niños no iban detrás de ella. En su cara no había rastros de risa.

—Ross —exclamó—. Les hizo frente. Reclamó las cajas embaladas como si fueran de su propiedad.

—¡Oh, Dios!, —dijo Rick.

—Se lo llevaron —dijo Dana.

—¡Escuchen! —Rick nos hizo guardar silencio. Oímos el segundo disparo.

—¿Por qué?, —pregunté, aunque ya lo sabía.

—La indocilidad es una ofensa castigable. Lo enterraremos junto al otro vidriero —dijo Rick.

Caminamos hacia la escalerita que atravesaba el cerco, las máquinas cosechadoras seguían avanzando por el campo. El retriever negro se cruzó en nuestro camino corriendo y amenazó con morder a mi perro. Rick llevaba la bicicleta de Dana. Ella y yo nos tomamos de la mano mientras lo seguíamos.

La casa estaba toda tapiada.

—Me hubiera gustado poner también una de tus pinturas en mi auto —le dije a Dana.

—Puedo volver a empezar, allá en tu costa —dijo ella—. Vamos a ir a verte, de alguna manera.

Los demás se habían ido. Dana recogió algunas flores y las llevó hasta mi auto. Rick trajo fruta.

—Para el viaje de regreso a casa —dijo.

—¿Vendrán de verdad?, —pregunté.

—De alguna manera llegaremos, amor, llegaremos —dijo Rick.

—¿Ross?, —dudé.

—Lo traerán de vuelta mañana. Y entonces lo enterraré. —Rick me entregó el pedazo de cristal que habíamos encontrado en el bosque el primer día de mi visita—. Es un trozo de meteorito. Adrián no tenía dudas. Guárdalo tú. Ha visto tanto tiempo, tanto espacio.

Acaricié el cristal.

—Un *souvenir* del valle hermoso —dije.

Abracé a Dana.

—Adiós, querida —dije.

Me alejé manejando despacio de regreso a la costa, y pasé por las casas bien cuidadas con las ventanas cerradas y los prolijos jardines delanteros.

UN DÍA ALEGRE Y DESPREOCUPADO

El día era alegre y despreocupado. Soplaba un viento suave y ligero sobre la piel que acentuaba el calor del sol en lugar de atenuarlo. De la superficie del mar emergían penachos de olas espumosas, como pintura fresca. Un día para enamorarse. Me saqué las zapatillas, me arremangué los pantalones y chapoteé en la orilla. Levanté a mi perro, lo tiré contra las olas y lo vi nadar de regreso. Un día para enamorarse. La memoria era un incentivo para la imaginación. Mucho tiempo atrás, tales libertades de la voluntad habían sido posibles. Un tiempo de sonrisas y de cantos matutinos. Una vida a un ritmo natural. Me salpiqué la cara con agua de mar y lamí la sal. Una sensación de necesidad sexual. Tanteé la arena bajo el agua y encontré un caracol, tenía forma de útero. Una señal en ese día alegre y despreocupado. Me serviría de símbolo para equilibrar aquellos meses de dolor.

—Hola, ¿qué tal?, —gritó una voz en mi dirección.

Sebastian corrió por la pendiente para venir a saludarme.

—Acabo de llegar —dijo.

Se sacó las sandalias y me alcanzó. Caminamos por la orilla golpeando las olas con las manos cuando rompían, imprimiendo nuestras huellas sobre la arena. Al llegar a la escollera saltamos de roca en roca compitiendo en velocidad como dos niños. Yo resbalé y caí dentro de uno de los charcos de agua que se formaban entre las rocas. La sangre, de un rojo brillante, corrió por mi pierna. Sebastian me ofreció su pañuelo. Como no dolía, lo rechacé y lavé la herida con el agua verdosa que se juntaba en el charco. La astringencia me resultó refrescante.

—Nada de que preocuparse —dije—. Todos estamos heridos.

Sebastian insistió en vendar el corte.

—Es bueno saber que podemos sangrar —dije—. Casi estimulante.

Sebastian me abrazó y me acercó hacia él.

—Es un día para volver a sentir —dijo.

Nos pusimos los zapatos y deambulamos por la arena.

—Ayer le propuse casamiento a Piona —dijo—. No quiso dejar el retiro.

—¡Oh, querido! —Le toqué el brazo.

—Nada de que preocuparse —se rio—. Todos estamos heridos.

—¿Por qué?, —pregunté.

—Miedo, quizás. —Sebastian se sentó—. En los retiros inculcan el miedo. Miedo al mundo exterior. En un retiro no puedes sufrir ningún daño. Se garantiza una rápida aclimatación a la pérdida de identidad.

—¿Y la identidad conlleva peligro? —Ya sabía que sí.

—Hace que uno se abra por completo. Constantemente vulnerable. Los retiros ofrecen paz… o, mejor dicho, un vacío de invulnerabilidad. —Arrojó una piedra al mar—. Aún no me doy por vencido —dijo.

—Ni yo. —Lo levanté de la arena—. Vamos a desafiarlos. A poco más de un kilómetro hay un retiro. ¿Los visitamos? Reciben viajeros, o eso me han dicho. Siempre existe la posibilidad de que algunos se queden. —Me reí del vuelo fantástico de mi imaginación.

—Yo también he estado fantaseando —dijo Sebastian—. No me puedo comunicar con ella. Sigo sin recibir respuesta a ninguna de mis cartas. Así y todo, le propongo casamiento todos los días… en mi cabeza. —Giró y gritó en dirección al mar—: Piona, ¿te casarías conmigo? Piona, cásate conmigo, por favor.

Me sumé a su fantasía.

—Piona —le grité al mar—. Por favor, cásate con Sebastian. Te construirá una casa colorida frente a un puerto de felicidad.

La euforia de Sebastian se extinguió.

—¿Sabes cuál es mi próximo trabajo? ¿Ahora, lo que tengo en el tablero de dibujo? —Era arquitecto—. Un retiro. Les dije que necesitaba un descanso. Por eso estoy aquí… de vacaciones.

—¿Puedes negarte?

—No. Es un desafío, de hecho. No se permiten ventanas. Voy a tener que crear luz por otros medios. Debe haber alguna forma. —Levantó un puñado de arena—. Alguna sustancia como esta, quizás.

Casi corriendo, venían hacia nosotros cinco niños, una chica y cuatro chicos. Parloteaban como salvajes, un vocabulario indescifrable de pandilla. Nos miraron con desprecio. Uno de ellos tenía una botella de leche, la levantaba bien alta como si fuera un trofeo y tapaba el pico con un dedo. Sebastian la agarró. Estaba casi llena de mariposas. La sostuvo bien alta. Lentamente, algunas de las mariposas empezaron a trepar hacia el pico y a volar hacia fuera. Otras estaban muertas. Sebastian arrojó la botella al mar. Dos de los niños le patearon los tobillos. Yo les pegué lo más fuerte que pude. Salieron corriendo gritándonos insultos. La chica nos enfrentó. Comencé a explicarle la crueldad de su acto y la ofensa que implicaba a la riqueza del mundo natural.

—Pedazo de mierda —me dijo, y se alejó caminando.

Volvimos a mi casa en silencio.

Estábamos sentados en el jardín, almorzando, cuando arrojaron algo peludo por sobre la reja. Oímos abucheos y pies que se alejaban corriendo. Mi perro se abalanzó. Lo agarré y le quité la criatura destrozada de entre los dientes. Era un gatito: le habían extirpado los ojos. Sebastian me lo sacó y lo llevó al cesto de basura. Yo alejé mi plato de comida.

—No nos quitan los ojos de encima —dijo Sebastian—. Nosotros deberíamos mantener los nuestros sobre esta criatura, aquí. —Asintió señalando a mi perro—. Al menos por un día o dos, hasta que encuentren algún otro blanco para su violencia sin sentido.

—Los niños son niños —dijo una voz. Era mi vecina. Había presenciado el incidente.

—¡Absolutamente!, —dijo Sebastian.

—Tus rosas están enormes este año —dijo ella.

Ofrecí cortarle algunas.

—Solo una. —Sonrió con afectación.

Corté uno de los capullos más grandes y se lo di. Ella lo olió. Sonriéndome, puso su mano sobre la flor, apretó los pétalos hasta que no quedó más que una pulpa y tiró el tallo a mis pies.

—Gracias —dijo, y entró a su casa.

Sebastian estaba detrás de mí.

—Este es nuestro día alegre y despreocupado, ¿recuerdas? Caminemos hasta el estuario, por las colinas y por el bosque. —Guardó unos huevos duros y unas manzanas en sus bolsillos—. Bocadillos para más tarde. Ya vas a comer. El hambre siempre vuelve.

Plegándome a su estado de ánimo, tomé una tableta de chocolate amargo.

Un hombre nos siguió hasta la mitad de la primera colina, cambió de opinión y volvió. Nos sentamos en la cima a mirar el cielo. Una brisa suave nos secó el sudor. El pasto estaba lo suficientemente alto como para escondernos de la vista.

—Sebastian —dije—, ayer me devolvieron mi nuevo manuscrito… de la oficina de correos. Roto en pedazos. Dañado en tránsito, dijeron.

—Se encargan ellos mismos —dijo Sebastian.

—Luke llevó una segunda copia hoy al pueblo —dije.

Sebastian sacó los huevos de su bolsillo. Le di un tercio del mío a mi perro. Un helicóptero voló sobre nuestras cabezas.

—El aislamiento se está volviendo peor —dije—. ¿Por qué fue al retiro Fiona?

—La llevaron —dijo Sebastian—. Ya no podía cantar. Se volvió inactiva. De una forma certificable, según sus estándares. La ópera es un arte peligroso; sugiere demasiadas libertades.

Los pájaros nos sobrevolaban, cantando jubilosos.

—La tienen sedada —agregó Sebastian—. Dentro de un retiro no hay puertas. Uno puede pasar caminando por todas las habitaciones y todos los pasillos. No hay ventanas, por supuesto. El aire se filtra a través de un respiradero común. Podríamos llamarlo el punto de reunión. Todos se congregan ahí. Miran al respiradero esperando ver algo de cielo. Nada. Solo una parrilla metálica con agujeros del tamaño de un alfiler por los que fluye algo de aire. Las únicas luces vienen de las pantallas de los televisores, constantemente encendidos. Me han dicho que después de un tiempo ya no notan ni el sonido ni las imágenes. Al principio los quiebra. Hay un televisor en cada habitación. Lo sé por los planos que me entregaron ayer para el nuevo trabajo. Tengo que mejorarlos. Ha habido algunas fallas.

—¿Fallas?, —pregunté.

—Algunos siguen sintiendo dolor. Siguen vulnerables. Se lo atribuyen al diseño ineficiente. Se me exige que corrija esos defectos.

—¿Qué sucede cuando terminan de extraer todo el dolor y todo el sentimiento?

—Los dejan salir. Curados… de identidad. —Sebastian aplastó la cáscara de su huevo y diseminó los trozos sobre el pasto.

Caminamos hacia el bosque. El sendero que lo bordeaba estaba fresco y tibio y lleno de sonidos suaves y ligeros: los pájaros atentamente activos, una ardilla que corría sobre la corteza de un árbol, un rumor entre los helechos que indicaba la perturbación de algunos animalitos. Pronto, a través del claro al final del sendero del bosque, llegaríamos a ver el estuario en la distancia. El pasto bajo nuestros pies se sentía como un camino de musgo nunca antes pisado.

—Días como estos… —empecé.

—… son alegres y despreocupados —cantó Sebastian.

—Podríamos desear todo tipo de milagros —dije.

—Y emprender grandes obras. —Sebastian me dio la mano. De repente, tiró para que me detuviera. Un joven pasó corriendo frente a nosotros, jadeando. Atravesó los helechos. Lo seguían, firmes, cuatro hombres. Cada uno cargaba un grueso rollo de cuerda. Al pasar, no nos miraron ni siquiera de reojo. Mi perro les ladró y corrió tras ellos. Sabastian le silbó para que volviera. Seguimos caminando, cada vez más rápido. Al llegar al claro, desde donde se llegaba a ver el estuario, escuchamos los gritos. Después silencio.

El mar era una extensión plana, brillante, de la arena. El paisaje que teníamos delante se veía deshabitado, impoluto, una pintura sin marco de un horizonte sin límite. Al final del sendero había una vieja casa de campo.

—Necesito un poco de agua —le dije a Sebastian.

—Vamos a pedirles —dijo él.

El niño de la puerta nos miró con aprensión.

—Pueden tomar una taza de té —le dijo la mujer joven a Sebastian, ante su pedido—. Acabo de preparar una tetera.

Nos sentamos en la cocina en penumbras, aliviados por la frescura del ambiente.

—Vienen del bosque, ¿no?, —preguntó la mujer.

Asentimos.

—Ese era mi esposo. —Su voz sonaba sombría—. Se negó a llevar la granja a la nueva manera. Amaba a sus animales. —Empujó al niño lejos de ella—. Le dije que nos iba a traer problemas.

Terminamos el té. Sebastian le agradeció. En la puerta, ella lo agarró del brazo.

—¿Lo llevarán a alguno de los retiros?, —preguntó. El niño empezó a llorar. La mujer entró y cerró de un portazo. Seguimos caminando en dirección al estuario.

Amarrada a una de las orillas había una barca pintada de colores vivos. Tres hombres jóvenes y dos chicas nos recibieron con un saludo.

—Somos viajeros —dijeron—. Siéntense con nosotros.

Nos dieron bebidas frías y frutas. Eran no residentes, podían moverse por donde quisieran; expertos en evitar problemas, percibían los puntos peligrosos y realizaban trabajos extraños en su camino sin rumbo, mientras reunían el dinero suficiente para la comida y el combustible para el bote. Como no se quedaban nunca en el mismo lugar, no provocaban más que un fastidio transitorio. Al igual que los apostadores, se jugaban la suerte día a día. Nos ofrecieron hospitalidad y amistad temporaria. Eran recolectores de noticias, observadores de todo lo que habían encontrado en su recorrido desarraigado corriente arriba y abajo por los canales. En su compañía, uno se hacía una falsa idea de seguridad. Nos invitaron a viajar con ellos.

Sebastian expuso nuestro punto de vista:

—Los dos tenemos trabajo que hacer… es nuestra elección.

Ellos se rieron de la palabra.

—Nosotros tenemos libertad —dijo una de las chicas.

—¿Para qué?, —preguntó Sebastian.

—Para seguir adelante —dijo uno de los hombres jóvenes.

Nadie continuó la discusión. Había peligros tanto en su camino como en el nuestro. Retomamos el clima alegre y despreocupado de su cordialidad vespertina. Se los conocía como los arlequines, un poco estrafalarios, un poco bromistas. A veces, cuando amarraban por las noches, sufrían golpizas por parte de payasos locales en busca de rápida diversión. Si el tiempo se los permitía, anclaban la

barca un poco más lejos de la orilla: la experiencia les había enseñado a ser cautos.

Los miramos mientras se alejaban por el canal corriente arriba, los saludamos hasta perderlos de vista.

—Quizás deberíamos hacer lo mismo… seguir la corriente —dije.

—No es nuestro destino —sonrió Sebastian—. Tenemos trabajo que hacer.

—¿Por cuánto tiempo?, —pregunté.

—Por siempre jamás. —Se rio—. Eternamente vulnerables, a nuestra manera alegre y despreocupada.

—¿Y las presiones? ¿El aislamiento cada vez mayor? ¿La filosa soledad? —Martillé mis argumentos.

—Todo eso está para ser asimilado, usado, comunicado —dijo Sebastian—. Siempre habrá alguien para escuchar, para ver, para oír.

—¿Para mantenernos en contacto? —Tuve una leve sensación de derrota.

—Para mantener abierto el camino de la imaginación creativa. Siempre hay alguien, en algún lado, listo para recibir lo que uno pueda darle. Vamos a tener un atardecer maravilloso —dijo.

El sol brillaba como una peonía roja colgada del cielo. Caminamos de regreso por la playa. La marea se había retirado. Repetimos nuestra danza matinal sobre las rocas, saltando de una a la otra. Las gaviotas volaban en círculos o se posaban en fila sobre las escolleras. Respiramos bocanadas llenas de ozono de mar. Nuestros cuerpos hormigueaban con la belleza del día. Había habido momentos de un peligro casi insoportable, y aun así, con la fortuna de nuestro lado, los habíamos atravesado. Expresé todo esto como agradecimiento hacia Sebastian.

—Podríamos decir, cariño, que hemos sido relativamente alegres y despreocupados. —Sebastian le arrojó a mi perro un trozo de madera traído por el mar.

Luke estaba de pie frente a la reja de mi jardín. Señal, muy probablemente, de que mi manuscrito había sido entregado de forma segura. Mientras nos acercábamos, no sonrió.

—Sebastian —dijo—. Piona está dentro de la casa. La liberaron esta mañana. —Hizo una pausa, negándose a utilizar la palabra—.

Curada —dijo.

Entramos.

Piona estaba sentada en una silla, de cara a la ventana. Luke me puso una mano sobre el brazo para evitar que me abalanzara sobre ella. Mi perro ladró y saltó tratando de subirse a su regazo. Ella no lo notó. Giró la cara hacia nosotros. No hubo ni un chispazo de reconocimiento. Nuestra presencia no la impactó en absoluto. Se la veía por completo ausente. Enteramente invulnerable, incapaz de identificarnos. Estaba, como había dicho Luke, curada.

El dolor era intenso. Nos quedamos de pie mirándola, compartiendo un dolor que ella no volvería a conocer.

Sebastian avanzó hacia ella.

—Fiona —dijo—. Piona, ¿te casarías conmigo?

JUEGOS DE FERIA

Las ráfagas de niebla me envolvían, veloces, y continuaban su avance en espiral. Bien arriba, el sol se veía pálido, color limón. El cielo azul empezó a desplegarse. Mi perro se acostó y rodó sobre el pasto húmedo. La mañana contenía una promesa. Había salido temprano. No tan temprano como para llamar la atención. Iba a seguir la línea de los acantilados hasta vislumbrar el faro. El mar era una extensión enorme que se movía en cámara lenta; desde el tope del acantilado las olas se veían como pequeños rulos de espuma blanca. No había botes a la vista. A mi izquierda, hectáreas de llanuras coronadas aquí y allá por bosquecitos. Miré hacia atrás. Una nube de humo se elevaba desde la hondonada por la que acababa de pasar. Estaban quemando la hojarasca.

Me quedé inmóvil, de pie, mirando el mar; estaba cambiando la marea. Las gaviotas volaban hacia los acantilados y cuando estaban a centímetros de la piedra caliza se desviaban rápidamente de vuelta al agua. La niebla que corría a ras del piso se evaporó. El sol entregaba su calor. Abajo, sobre los guijarros de la orilla frente al mar, había tres hombres. Uno de ellos miró hacia arriba. Me alejé del borde del acantilado. Al llegar a la curva en el campo vi el faro en la distancia. El paisaje empezó a suavizarse; los acantilados a ser reemplazados por una pendiente con arbustos y pequeños árboles. Seguí por el sendero en zigzag hacia abajo, a través de los tamariscos. En una curva se me acercaron dos mujeres de mediana edad. Con cuidado, acompasé mi andar al de un paseo tranquilo. No quería preocuparlas; no me habían visto bajar en su dirección. Cuando las tuve cerca, les sonreí, y sentí su alivio cuando les deseé un buen día. Al final del sendero me senté a comer mi pan con queso.

«Tómate tu tiempo cuando vengas», había escrito Tom. «Compórtate durante cada tramo del camino como cualquier otro caminante que ha salido a dar un paseo».

Cubrí unos cuantos kilómetros, rodeé la costa y llegué a la playa. Más adelante se veía el pueblo. El mar estaba totalmente retirado. Caminé sobre la arena húmeda. Un poco más allá se erigía el faro, un punto de referencia más bien obsoleto. No más que un puesto de vigilancia. Había un hombre pescando desde la escalera derruida. Me saqué el *sweater* y me lo até flojo alrededor de los hombros. Mientras caminaba en silencio sobre la arena, iba prestando atención a lo que pasaba tierra adentro. Fui hasta el borde del mar, me saqué las zapatillas, me arremangué los pantalones hasta la rodilla y me mojé los pies. Ahí de pie, frente al mar que se extendía ante mí, sentí un arranque de puro regocijo físico. Había olvidado que el mundo era redondo. Geométricamente precisa, la curva del horizonte subrayaba mi fascinación infantil. El cielo y el mar ofrecían consuelo. Me froté la cara y los brazos con agua de mar y giré en círculos con una alegría repentina.

Tres nadadores corrieron hacia mí. Contuve el aliento mientras pasaban a mi lado y se arrojaban al agua. Por un instante, sentí que su ímpetu era capaz de derribarme. No los había visto antes. Seguí caminando, esquivando por momentos las pequeñas olas que llegaban a la orilla. Luego de trepar una escollera, me recosté contra la pared cubierta de mejillones, me puse los lentes de sol con aumento y estudié la playa que tenía delante. Mi perro ladró. Un labrador negro se movió pesadamente hacia nosotros moviendo la cola con gesto amistoso. Un silbato lo llamó de nuevo hacia su dueño, un hombre alto y delgado que asintió al dar un rodeo para esquivarme. Yo acaricié la pared de la escollera, incrustada de caparazones, hundí mis dedos en un amontonamiento de algas, inhalé el aroma primigenio de ese mar avasallante. No había nadie a la vista. Retomé la caminata con paso relajado, deseando convertirme físicamente en parte del mar y de la playa. La identificación con el paisaje me daba una ilusión de invisibilidad.

Tropecé con un niño que buscaba cangrejos en uno de los charcos que se formaban entre las rocas. Levantó un ejemplar pequeño, lo agitó delante de mi cara y se rio. Di un paso para vaciar el contenido de su balde de vuelta en el charco, me detuve, y seguí

caminando. No lo había visto antes.

«Muévete con ligereza», había escrito Tom, «como si fueras de aquí».

A medida que me acercaba al pueblo, empecé a ver personas recostadas sobre la arena. En el pequeño paseo marítimo había gente sentada en reposeras. Nadie caminaba por fuera del perímetro designado como playa. Yo llegué por la arena. Debo haber estado ahí un buen rato. Muchos estaban desplomados, con la cara boca abajo y apoyada sobre los brazos. Cuando estaba llegando a la calle principal, bastante estrecha, le puse la correa a mi perro y me dirigí a la cafetería con la ventana en mirador. Había un asiento libre junto al marco de la ventana. Pedí un té con crema. En la mesa de al lado lloraba una mujer mayor. Nadie se dio por enterado.

—Ya has estado aquí —me dijo la mesera. Yo asentí.

«Después del pueblo», había escrito Tom, «recuerda el juego de feria. Uno tres cinco repite. Ahora a tu izquierda».

Entendí las indicaciones. El juego de feria lo habíamos inventado años atrás mientras viajábamos por zonas desconocidas de la campiña. Se elegía un número. Tirábamos una moneda para derecha o izquierda y después conducíamos hasta llegar al camino que coincidiera con nuestro primer dígito, a izquierda o derecha según hubiera indicado la moneda, y así hasta llegar a la última cifra. Un viaje de descubrimiento. Nunca sabíamos con qué nos íbamos a encontrar al llegar al final del recorrido aleatorio. En general teníamos suerte y encontrábamos un lugar hermoso. Yo le había puesto ese nombre a nuestro juego porque la feria simbolizaba tanto la suerte como un lugar feliz.

—Algún día, de esta manera —le había dicho a Tom— encontraré mi recompensa.

Tom había encontrado la de él, y yo estaba yendo hacia su seguridad. Había diseñado esta forma de darme indicaciones porque no hubiera sido astuto hacerlo directamente en una carta que ellos podían llegar a leer.

Pasara lo que pasara cuando saliera del pueblo, no debía desviarme de la secuencia numérica de Tom; cualquier marcha atrás sobre mis pasos, por la razón que fuera, me desviaría de la dirección correcta, que una vez perdida podía llegar a ser imposible de reencontrar. Antes de tomar el sendero que salía del pueblo,

caminé por el parque y alimenté a los patos del estanque con un pancito que me había sobrado del té. Dos niños pasaron corriendo a mi lado y los esquivé rápidamente. No los había visto antes. Me senté en el banco de madera bajo las ramas de un árbol que asomaba desde el jardín de una casa, tras un muro. La escena me resultaba familiar. Conocía cada detalle al alcance de sus posibilidades; contenía gran parte de mi vida anterior. Sentí la tentación de quedarme. Como no era residente ni, técnicamente, visitante, tenía que seguir.

En el camino que conducía fuera del pueblo había dos jóvenes apoyados contra un poste. Uno arrancó en mi dirección. El otro lo detuvo. Yo seguí, consciente de sus miradas. Al tomar una curva y quedar fuera de su vista, suspiré con alivio. Tras aproximadamente once minutos llegué al primer desvío hacia la izquierda. Las casas a ambos lados del camino parecían puestos de feria y sugerían un pasaje feliz hacia mi recompensa. El sendero era angosto y serpenteaba, las copas de los árboles a ambos lados se tocaban generando un techo natural. El terreno subía apenas en pendiente. A la derecha había un claro en el bosque. Un hombre a caballo contra una tranquera de madera. Al principio no lo vi. Se tocó la visera. Yo asentí devolviéndole el saludo. El camino se volvió un poco más empinado. En otro desvío, inmóvil, frente a otra tranquera que conducía a un claro en el bosque de aquel lado, otro hombre a caballo. Me preparé para asentir a modo de saludo. El hombre no se tocó la gorra. El caballo le resopló a mi perro. Sin mirar atrás, escuché al jinete cruzar el camino y trotar en la dirección de la que venía yo.

El dosel arbóreo sobre el camino se volvió más tupido. Me detuve y escuché. Solo se oía el sonido de las torcazas arrullándose entre ellas. Sintiendo un leve consuelo, apuré el paso, con ansiedad por llegar a un trecho de camino más descubierto. Pánico repentino: ¿me había pasado una salida? Como toda mi concentración estaba puesta en avanzar, no había estado prestando atención de forma consciente. Había una a la vista. Deseché mis miedos y conté esta bifurcación como la primera de los próximos tres dígitos. Un poco más adelante llegué a la segunda salida a la izquierda. En una de las esquinas había un edificio. Una mujer sentada en una silla me miró pasar. Cuando miré hacia atrás, había entrado. En un claro más

adelante, el dosel se abrió. De nuevo bajo la luz del sol, vi que estaba en la cima de una colina y que el camino ahora bajaba en una curva. A lo lejos llegaba a ver un río y, vagamente, la ubicación del tercer desvío a mi izquierda.

Una pradera exuberante, a ambos lados del camino, me libró de la confusión claustrofóbica que me había oprimido bajo los árboles. Miré el reloj; eran cerca de las seis de la tarde. ¿Cuánto más?, me pregunté. Seguí bajando la colina y me encontré cruzando un pequeño puente sobre el río. Me paré en la parte más alta del arco y miré hacia abajo. Había una mujer joven sentada en la orilla balanceando sus piernas dentro del agua. Me sonrió. Un hombre joven, al que no había visto antes, emergió del río de repente y la agarró del brazo. Ella hizo un gesto de protesta. Él la abofeteó. Ella agachó la cabeza hacia su regazo. Él se puso de pie y me miró. Seguí caminando y el río quedó atrás.

Doblé automáticamente en el tercer desvío a mi izquierda, tratando de erradicar de mi mente ese episodio tan desagradable. Casi enseguida, pasé el segundo camino que se abría hacia la izquierda y lo tildé en mi mente como el primer número del dígito final de Tom. Un conjunto de viviendas anodinas con algunos metros de distancia entre una y otra sugerían las afueras de un pueblo. Avancé alerta, consciente de que podían abrirse nuevos caminos. No apareció ninguno, ni había ningún poblado. Sentí calor, sed y un gran cansancio. En el siguiente cruce vi un *pub*. Entré, pedí una sidra y salí a tomarla en las sillas de afuera, bajo el alero. Tres hombres, uno por vez, salieron, se quedaron de pie mirándome un momento y volvieron a entrar. Dejé el vaso en la silla. Pasos detrás de mí. Me apuré. Alguien me tocó el brazo. Me di vuelta.

—La correa de su perro —dijo el hombre, y me la entregó.

Le agradecí, sudando por mi reacción de pánico.

En el siguiente cruce, una iglesia normanda. Abrí la reja que daba paso al jardín y caminé hasta el frente. La puerta estaba sin llave. Entré. Los vitrales de colores, por los que se filtraba algo del sol de la tarde, iluminaban la nave. Me quedé observando un San Sebastián mutilado, largo y amarillo, con un perro negro y flaco a sus pies. Uno de los pilares del arco sur, sobre el altar, tenía un círculo de unos diez centímetros de diámetro, probablemente una

marca hecha por el picapedrero. En la pared norte de la nave, una cabeza de piedra, los ojos cerrados, la boca abierta. Recorrí sus facciones con mis dedos. El piso era de baldosas. Estaba húmedo. Me estremecí y giré hacia la puerta. En uno de los bancos había una mujer con sombrero. Alcé a mi perro, solté algunas monedas en la caja de colectas y salí. Junto a la entrada se erigían dos grandes piedras, verticales, que no había notado.

—Los cepos del pueblo. —La mujer de la iglesia había aparecido detrás de mí—. De hace años, por supuesto.

—Por supuesto —dije.

Se alejó bamboleándose. Al mirarla noté la torre redonda, de piedra negra, adherida a la iglesia. Sabía lo que era, una torre de vigía. En el pasado, avistaban a los invasores desde torres como esa. Al mirar hacia arriba creí ver movimiento, una cara, un cuerpo que se deslizaba fuera de mi vista. Era posible que hubiera sido un búho preparándose para su vuelo nocturno.

Pasando la iglesia, el cuarto desvío. La luz se estaba yendo. Esperé que la última bifurcación no se encontrara demasiado lejos. El camino era polvoriento, angosto, casi un sendero rural, y doblaba alternativamente a la izquierda y a la derecha en una serie de curvas. Me desorienté. Frente a mí, una tranquera de madera. Casi me paso el quinto desvío hacia la izquierda. Otro sendero rural a la vera de un bosque que dibujaba una curva circular. Noté que estaba en una colina, debajo se abría un panorama amplio de praderas. A la distancia llegaba a ver un río, probablemente el mismo que había cruzado antes. El sendero terminaba en forma abrupta. No había ninguna casa a la vista. Perdí el rumbo por completo. ¿Me había equivocado? ¿Me había salteado algún desvío en el camino? Di varias vueltas buscando alguna pista. Algo se movió en el bosque, a mis espaldas. Mi perro ladró. Se escuchó un aleteo. Quizás un faisán. Oí un disparo. ¿Habría calculado mal Tom? Un hombre con un arma salió de un claro algo más adelante. Me miró y se alejó caminando con dificultad por donde había venido yo. El silencio era atemorizante. Ningún sonido por parte de los pájaros: habían vuelto a sus nidos a pasar la noche.

Llegaba a ver la luna delineada débilmente. Se empezaban a revelar algunos cúmulos de estrellas. La noche prometía ser brillante y cristalina. Al mirar de nuevo hacia atrás el camino por el

que había venido noté un desvío a mi izquierda. De ida solo le había prestado atención a los que se abrían hacia la izquierda, vagamente consciente de que también se abrían algunos senderos hacia la derecha. Entonces recordé. Repite, había escrito Tom, repite uno tres cinco. Corrí hacia el desvío, un camino entre arbustos altos que iba dibujando una curva cuesta abajo hacia la izquierda. Al pie, una encrucijada. Tomé el camino de la izquierda. La luna estaba alcanzando su luminosidad completa; me daba la luz que necesitaba. Entonces vi la iglesia, la misma iglesia normanda. Estaba regresando a mi ruta previa por medio de un desvío. El próximo me llevaría hasta el *pub*. Ahí podría pedir algo de comer y de beber. Tras tocar los viejos cepos de piedra, volví a ver a la mujer del sombrero, que me observaba desde la entrada. Se me acercó.

—No te queremos aquí —dijo.

Sus anteojos eran grandes y redondos. Estaba de espaldas a la luna. No llegaba a distinguir sus rasgos ni su expresión.

—San Sebastián no va a protegerte —agregó.

—No tenía heridas mortales —respondí por instinto.

Ella me bufó y se escabulló hacia el interior de la iglesia. Sentí un mareo y me estabilicé colgándome de los viejos cepos de piedra, con los brazos estirados entre los dos bloques verticales. Sacudiendo la cabeza para recuperar la visión, que se me había borroneado momentáneamente, la incliné hacia arriba, hacia la torre de vigía. Un hombre miraba hacia abajo. Rápidamente, tomé el camino en dirección al *pub*. Traté de recordar cuál era el desvío que había notado a la derecha en el camino de ida. Había uno más para seguir en el segundo dígito de Tom. No podía recordar ninguno. Eso significaba que iba a tener que volver a subir, cruzar el puente del río, pasar junto al edificio y seguir por el camino arbolado. Me pregunté si no debía abandonar todo y quedarme en el *pub* a pasar la noche, si es que existía esa posibilidad.

—¿Va lejos? —Me hablaba el mismo hombre que me había alcanzado la correa del perro, más temprano. Era más joven de lo que lo recordaba.

—Al camino principal —dije.

—Puedo darle un aventón —dijo él.

Dudé.

—Es un trecho considerable —dijo.

Lo seguí afuera.

Tenía una pequeña camioneta de trabajo; olía a paja y a bosta de vaca.

—Esta noche van a estar ocupados —dijo— buscando gente que esté fuera de su área. —No hizo preguntas.

Me alegró que la camioneta tuviera una cubierta de lona. Daba una sensación de protección. Cruzamos el puente sobre el río. Por el camino de sirga se veían varias personas; encendían y apagaban sus linternas.

—Podría dormirse una siesta —dijo el conductor.

Me recosté aún más en el asiento. Él bajó la velocidad. Sin mirar, supe que habíamos llegado al edificio.

—Por aquí conocen mi camioneta —dijo él. Me di cuenta de que había bajado la velocidad para permitir una identificación inmediata. De un vistazo, mientras pasábamos, noté que la mujer del edificio espiaba hacia el interior del vehículo. El conductor limpió el parabrisas con su brazo izquierdo, ocultando mi presencia. Volvió a levantar velocidad cuando nos acercamos al camino donde el cielo estaba cubierto por el dosel arbóreo. Gracias a las luces delanteras vi a los dos jinetes, uno a cada lado. El de la derecha se cruzó de carril. Su caballo relinchó. Yo me estremecí, pero no dije nada. Mi conductor se detuvo en el camino principal. Le agradecí. Él le dio unas palmadas a mi perro.

Doblé a la izquierda. En el dígito final de Tom quedaban cinco desvíos. Un cruce muy marcado que salía del camino principal me llevó inmediatamente a un nuevo giro. Con el alivio de haber alcanzado dos en tan poco tiempo, corrí hacia el segundo. Una colina empinada conducía hacia abajo. El camino, hacia delante, se veía extremadamente oscuro. Le puse la correa a mi perro y avancé con cautela. Poco tiempo después escuché pasos. Me detuve. Los pasos se detuvieron. Seguí. El sonido de los pasos recomenzó. Un sonido claro y hueco. La luz era tenue. Miré hacia arriba. No había notado que estaba caminando por el interior de un túnel. Los pasos que había oído eran ecos de los míos. Suspiré con alivio y me sequé el sudor de la nuca. Sobre mi cabeza, un golpeteo extraño, no del todo pasos, pero similar. Escuché con atención. Estaba bajo otro camino, bajo el camino del dosel arbóreo. Eran cascos de caballo.

Con un miedo que ya trascendía el pánico, avancé lentamente. Más adelante, llegué a ver una abertura. Estaba saliendo del túnel. Entreví otro desvío hacia la izquierda.

¿Cuánto me iba a exponer al salir? La distancia hasta el próximo desvío era relativamente corta. Decidí escurrirme despacio. Si corría podía llegar a resbalarme, caer, hacer ruido, provocar un ladrido de mi perro. Por encima se escuchaban los caballos al trote, ida y vuelta, de izquierda a derecha, cruzando y volviendo a cruzar cada uno sobre las huellas del otro. Lo único que podía hacer era rezar para que los jinetes se cruzaran en el medio del camino justo en el momento en que yo estuviera saliendo del túnel. Levanté a mi perro en brazos. Avancé como en una pesadilla. Oí los caballos detrás de mí. Doblé rápidamente a la izquierda y tomé un sendero encapsulado entre arbustos altos. Me recosté contra las zarzas y suspiré con alivio.

Estaba fuera de su vista.

El camino se curvaba en un semicírculo. Bajé a mi perro al piso, pero le dejé la correa atada. Más adelante llegaba a ver el reflejo opaco de unas luces hogareñas. Dos jóvenes corrieron hacia mí. Mi perro ladró. Ellos le gruñeron e imitaron aullidos caninos a modo de burla. Tropecé con un viejo mojón, maldije, me froté el tobillo y vi el último desvío. Corrí hacia él, y luego a través de él. Me detuve en seco sobre mis pasos, de cara a un muro, una muralla, el final del último dígito.

Lo golpeé. Sentí un arranque de furia y frustración. Mi perro lanzó unos ladridos excitados. Miré más de cerca. No había notado que había una puerta. Una puerta de madera, verde por los años. Mis manos tantearon en busca de un picaporte, un cerrojo, una cerradura: no había nada. Presioné con todo mi peso: era como una roca, de una solidez arcaica. O estaba trancada del otro lado o, como puerta, estaba totalmente fuera de uso. El muro tenía un aspecto familiar. Entonces lo reconocí. Era el muro alto que rodeaba la casa junto al parque. Había viajado a través de varios círculos para luego regresar.

—Hola —dijo Tom al abrirme la puerta—. Aquí estás. Sabía que llegarías. —Me hizo pasar al jardín, trancó la puerta y me dio la mano—. Te están esperando —dijo.

EL JARDÍN

Egon corrió hacia la pared derruida.

—Con cuidado —grité. Él saltó hacia el parapeto. Cerré los ojos. La caída, atrás, era vertical, un acantilado sin salientes que bajaba directo hasta la playa. Egon saltó de vuelta al pasto y me abrazó.

—Es magnífico —dijo mientras miraba el jardín—. Voy a pintar cada centímetro.

—No vuelvas a hacer eso —dije—. La pared es muy antigua.

—¿Como el jardín?

—Sí, supongo que está aquí desde siempre. En el siglo dieciocho alguien debe haberse puesto a podar los árboles y construyó las pérgolas, la casa de verano, plantó el rosedal y diseñó las vistas, como una decoración del entorno silvestre.

—¿Un jardín de placer?, —se entusiasmó Egon—. ¿De puro placer?

—Alguna vez lo fue —dije—. Ahora es público. Cortan el pasto a diario, podan algunos arbustos, plantan más bulbos, reemplazan los bancos rotos. Las paredes que quedan se están cayendo a pedazos. Las tormentas han hecho que los árboles se ladearan para este lado, tienen las puntas de las ramas hacia el norte. La sal del mar tiene sus costos.

—¡Y qué vista! —Egon se dio vuelta y miró hacia el mar.

Nos envolvía el esplendor del verano pleno. El cielo era de un azul prusiano, el mar parecía lavado por la luz, la playa era una extensión de arena color canela. Desde donde estábamos, el jardín, arriba en el acantilado, era una ondulación de tonalidades de verde, salpicada aquí y allá con los amarillos, los malvas y los rosados de los arbustos en flor. Crecían manojos de lavanda y romero como si fueran yuyos. La profusión de aromas era intoxicante. El olor

húmedo e intenso del pasto recién cortado agitaba memorias de la infancia. Egon hizo un par de saltos mortales y cayó de cara sobre el césped. Un círculo de margaritas dibujó un halo sobre su cabeza. Yo avancé hacia el rosedal. Egon corrió detrás de mí. Entramos juntos a un espacio circundado por altos arbustos de tejos. La altura y el grosor intensificaban el aroma de sus flores anticuadas. Nos sentamos en un banco de piedra. Estábamos dentro de un círculo perfecto.

—Esto es mágico —dijo Egon.

—Puro lujo —dije yo.

El espectro cromático de las rosas provocaba un despilfarro de exuberante sensualidad. El calor, el aroma y los colores relajaban cada nervio de mi cuerpo. Desde el resguardo del rosedal no se veía el mar. El cielo azul que nos cubría también nos aislaba en ese núcleo de voluptuosidad.

—Todo esto a dos pasos. —Egon señaló con los ojos en dirección a mi casa.

—Ven —dije—, te muestro el túnel.

Fuera del abrigo de los tejos, casi hacía frío; tras pasar un rato entre las rosas la sangre se recalentaba. Conduje a Egon hacia el centro del jardín, un grupo de árboles que ocultaba la pendiente que daba entrada al túnel. Era una enorme excavación apuntalada por ladrillos oscuros y húmedos, un descenso gótico que llegaba hasta una alta reja de hierro por la que se veía un paisaje en el que centelleaba el sol.

Egon le gritó al eco de su propia voz mientras avanzábamos casi al trote en dirección a la reja.

Pasaron tres niños corriendo a nuestro lado, silbando.

—A veces —dije— cierran la reja.

Pero no estaba con llave. Los niños la abrieron de un empujón y los seguimos. Estábamos en la playa, frente al mar. Miramos hacia arriba, el acantilado era un resplandor blanco. Corrimos hacia las olas. Mi perro se puso a cavar la arena con frenesí. Los niños aullaron al pasar junto a nosotros y entraron al mar salpicando agua.

—¡Dios!, —dijo Egon y corrió tras ellos. Atrapó a uno. Los niños le gritaron. Egon los insultó. Salieron corriendo. Volvió hacia mí acunando una criatura pequeña y mojada. Una cría de zorro.

—Estaban tratando de ahogarlo —dijo.

—Llevémoslo de vuelta al jardín —dije yo—. Vive ahí.

Egon trató de secarlo con su pañuelo. El cachorro lo mordió. Abrimos la reja y lo liberamos. El zorro se escurrió y se perdió por el túnel. La sangre brotaba del puño de Egon.

—Rápido, vamos —dije—, hay que desinfectar esa mordida.

Atravesamos el jardín, pasando la casa de verano y el rosedal, hasta mi casa. Desde mi reja llegaba a ver algunos de los árboles y un fragmento del muro.

—Por suerte es la mano izquierda —dijo Egon.

—En el jardín es fácil olvidarse —dije.

—Yo me olvido todo el tiempo —dijo Egon—. Tengo tanto trabajo que hacer. No van a detenerme.

Después del té, Egon dibujó boceto tras boceto; trabajaba con rapidez, a toda máquina. Todos tenían que ver con el jardín. Se había instalado en mi cobertizo para usarlo como taller. En Londres había perdido su estudio. Lo habían rastrillado, como decían, una alegoría que aludía a los restos que quedaban tras una cosecha. Protestar hubiera sido inútil. Se fue y se llevó los materiales que había podido rescatar del equipo de demolición. Había sido un evento arbitrario, una cuestión de azar. El estudio vecino había quedado intacto. Uno solo bastaba como advertencia.

Más tarde, esa noche, fuimos al embarcadero. Nos sentamos en la terraza de la casa de Mike y tomamos Muscadet mirando el mar. El calor del día persistía en el aire. No nos habíamos cruzado con nadie en todo el camino. La gente, por las noches, se quedaba puertas adentro.

—¿Por qué te diste por vencido? —Egon desafió a Mike.

—No me di por vencido —dijo Mike—. Solo estoy descansando. De todas formas, lo de construir barcos lo llevo en la sangre. Un viejo negocio familiar. Creí que iba a servirme mientras esperaba. —Hizo una leve pausa—. Y observaba.

—Yo no me voy a dar por vencido nunca —dijo Egon.

Mike sonrió.

—Estoy usando el tiempo para reabastecerme. Cuando las cosas se calmen voy a estar preparado.

—¿Se van a calmar?

—Por ahora no —dijo Mike. Era escultor. Después de haber sido

rastrillado en la costa este, había vuelto a sus raíces en el sur para retomar el oficio de su padre. Como era útil, lo habían admitido, pero estaba sujeto al escrutinio. Las artes y las artesanías individuales no estaban legalmente prohibidas, eran más bien desaconsejadas. La norma oficial era el trabajo en equipo.

—Mañana voy a llevar mi cuaderno de dibujo al jardín —dijo Egon.

—Tómalo con calma —dijo Mike—. Están haciendo un relevamiento del área. Si fuiste rastrillado, estás en la lista.

Discutieron durante más o menos una hora. En unos pocos días llegaría Thoby y le enseñaría a Egon a tener cuidado.

—Volvamos a casa por el jardín. —Egon estaba obsesionado.

Oímos a la zorra llamando a sus crías, un sonido inquietante. Abajo, en el túnel, había alguien corriendo. Nos llegó el eco de los pasos. Oímos que la reja se abría y luego se cerraba. La luna señalaba carriles de luz. Soplaba una brisa fresca desde el mar. Las molduras de la casa de verano parecían encaje bajo la luz de la luna. Entramos. Había una mujer joven en el piso. Gemía. Sonó una sirena. Aparecieron dos médicos de primeros auxilios con una camilla. Nosotros nos quedamos esperando fuera. La joven fue llevada a una ambulancia. Otro hombre, que no habíamos visto acercarse, entró con un balde. Esparció aserrín sobre los charcos de sangre viscosa, después se fue. No había nada que decir; nadie hacía preguntas.

Caminamos lentamente hasta el muro que bordeaba el acantilado. Afuera, en el mar, al final del embarcadero, había un barco de tres velas amarrado. La luz del interior lanzaba reflejos sobre las arrugas que surcaban el agua.

—¿Qué es eso?, —preguntó Egon.

—Un barco de relevamiento —dije—. Se mueven por la costa. Mike tenía razón. Ahora nos toca a nosotros.

Llegábamos a ver, vagamente, hombres que subían y bajaban por la escalera, moviéndose de una cubierta a la otra, corriendo por las plataformas. Oímos a lo lejos la ambulancia.

A eso de las cuatro de la mañana desperté a Egon para contarle mi sueño.

—Soñé mi muerte —dije—. Estaba atada al lomo de un caballo. Un soldado con casco sostenía una lanza larga que en la punta tenía

un martillo enorme y me pegaba en la espalda. Tres veces. Oí el caballo que gritaba. El soldado era bastante impersonal. Estábamos en un balcón, frente a una torre alta y cuadrada. Brillaba un sol mediterráneo. Vi mis ojos; eran azules. El dolor era insoportable. Todavía siento el ardor.

Egon me acarició la espalda con delicadeza.

—¡Dios!, —dijo—. Se volvió a abrir la mordida. —Frotó la mancha de sangre que había dejado su mano sobre mi piel.

Preparé un té y abrí las ventanas. Olí el mar, escuché las olas. El amanecer ya asomaba en el cielo. Alguien entraba por la reja del jardín. Mi perro ladró.

—Hola —dijo Thoby—, vine lo más rápido que pude. Pensé que quizás me necesitarían.

—Voy a ver el amanecer en el jardín. —Egon se puso un *jean* y un *sweater*, tomó su cuaderno de dibujo y algunos lápices y salió.

—Y podemos desayunar al aire libre… *¡à la belle étoile!* —La sonrisa de Thoby era tranquilizadora—. Vengo de la isla —dijo—. Dejé mi bote en lo de Mike.

—Egon es descuidado —dije.

—Por eso vine —dijo Thoby—. Supuse que iba a estar aquí.

—¿Puedes…?, —dudé.

—¿Detenerlo? No, nunca haría algo así. Solo puedo cuidarlo. La destrucción del estudio le ha resultado inspiradora. No querría interferir con eso.

—¿Ni siquiera si…?

—¿Tú querrías que te detuviera? —Thoby me ofreció su mano.

Después de bañarnos y desayunar fuimos al pueblo. Vimos el aviso plastificado clavado sobre el césped: *Relevamiento en proceso*. El leve aire de inquietud general no nos perturbó. Lo entendimos como una reacción natural. Los relevamientos eran ambivalentes. Nadie sabía bien cómo operaban. Los rumores se contradecían. El personal asignado se comportaba de forma azarosa. A veces se quedaban en el barco, a veces bajaban a tierra. Cuando estaban en las inmediaciones, se consideraba imprudente abandonar el área de la propia residencia. Los informes sugerían que había equipos televisivos de largo alcance escondidos; existían pruebas de que había comunicaciones radiofónicas. Era mejor no notar nada, o más bien evitar cualquier atisbo de haber notado algo. Mejor seguir

adelante con normalidad. A algunos el esfuerzo les resultaba intolerable y se quebraban, aunque nadie era capaz de definir el alcance del escrutinio padecido. Cada tanto rastrillaban a alguien, en general gente que trabajaba sola, algún artista o artesano. A eso le seguía una destrucción casi indiferente de la obra. Nada más, a menos que el individuo dueño de esos trabajos los enfrentara.

—Ahora me acuerdo —dije—. La jovencita de anoche. —Le expliqué a Thoby el incidente—. Era tejedora. —El recuerdo se amplió—. Estaba trabajando en una serie de patrones inspirados en el jardín.

Llevé a Thoby rápidamente por una calle lateral. Caminamos cautelosos hasta el establo que había funcionado de taller. Las ventanas estaban rotas. Miramos hacia dentro. El telar estaba destruido. Un gato negro se frotó contra mis piernas. Thoby entró y le encontró un poco de leche y de comida. Volvimos a la calle principal e hicimos nuestras compras.

La afluencia de turistas no me sorprendió. Al igual que las langostas, migraban en la vigilia de un relevamiento. Se movían con pereza por las áreas bajo vigilancia y aliviaban su apatía con pequeños actos de vandalismo, tirando basura en las calles, lanzando miradas maliciosas a todos aquellos con los que se cruzaban, empujando gente al pasar. Incitaban a sus niños a apedrear a los animales domésticos, lo que muchas veces terminaba con alguna fatalidad. Por la noche merodeaban bajo las ventanas, espiaban dentro donde podían, aullaban cuando creían que la gente estaba durmiendo, rompían botellas de leche, arrojaban latas de cerveza y orinaban o defecaban en las puertas de las casas. Físicamente, presentaban una fealdad uniforme, sus movimientos rayaban en lo grotesco. Iban atentos: buscaban los rastrillajes que los relevamientos como esos siempre podían llegar a provocar. Si no pasaba nada se volvían un poco más revoltosos y daban rienda suelta a su crueldad contenida, que tomaba la forma de una violencia dañina… cualquier cosa desde destruir un jardín hasta maltratar un gato callejero. Si ocurría algún rastrillaje se reunían como un enjambre alrededor de la escena de destrucción, excitados ante cada detalle, sus caras hinchadas con deleite. Era el único momento en el que se los veía sonreír. Después se iban con la misma pereza con la que habían llegado.

Fuimos al jardín. Los turistas no entraban. Iban en grupos pequeños de aquí para allá del otro lado de las paredes derruidas. Encontramos a Egon. De regreso en la calle, dejó caer su cuaderno de dibujo. Se abrió. Yo me agaché a levantarlo. Los turistas me rodearon. Egon se interpuso velozmente.

—Es mío —dijo desafiante. Los turistas murmuraron entre ellos. Thoby le dijo a Egon que no les hablara.

Cuando volvimos nos esperaba Mike. Se quedó a almorzar. Durante el café, dijo:

—Esta mañana vinieron dos a mi casa del bote. Por un trabajo pequeño de reparación en una de sus lanchas. Me aseguré de que echaran un buen vistazo. Contraté un ayudante más para sugerir que trabajamos en equipo y que es un negocio pujante. —Hizo una pausa mínima—. No van a volver. Sugiero, Egon, que lleves tu obra a mi casa por un tiempo. No queremos que este lugar se convierta en un blanco, ¿no?

—Para eso estoy aquí —dijo Thoby—. Para formar un equipo.

—No tengo miedo —dije.

—Tú y yo vamos a trabajar juntos en un libro. —Sonrió—. Me puedo sentar con una pila de libros de consulta en mi regazo mientras tú escribes.

—No pienso detenerme, ni siquiera de manera temporaria —dijo Egon.

—Por supuesto que no. —Thoby hojeó el cuaderno de dibujo de Egon—. Aquí tienes suficiente para las pinturas.

—Aún no. —Egon se puso de pie—. Me he reservado el rincón del tejo para esta tarde.

—¿No podía esperar?, —tuve que preguntar.

—No, cariño —dijo Egon—. Si espero, me voy a volver loco.

Lo miré alejarse. Nos sopló un beso desde la reja.

Mike y Thoby cargaron el equipo de Egon desde el cobertizo a la camioneta de Mike.

Llevé a mi perro a la playa y me senté a mirar el mar durante una hora. El barco parecía una grúa gigante. No había signos de vida. En la playa no se veían turistas. Solo algunos niños que chapoteaban en el agua. Me levanté y fui hasta la entrada del túnel bajo el jardín. Ahí, a ambos lados de la reja, había dos grupos de turistas recostados contra la pared que daba al acantilado. Casi

vuelvo sobre mis pasos. Le puse la correa a mi perro y abrí la reja. La oí golpear a mis espaldas. Miré hacia atrás. Los turistas se asomaron hacia dentro. No hicieron ningún ademán de seguirme. Avancé por el túnel con un andar deliberadamente casual. Al salir, entre los árboles, sentí el calor del día y los aromas del parque. Desde mi ubicación llegaba a ver todo el contorno del jardín. Levanté un manojo de romero y olfateé las pequeñas flores azules. Un sonido indefinible me hizo mirar con cautela alrededor. Del otro lado de las paredes derruidas se veía a los turistas alineados como centinelas, espiando hacia dentro. Se oía un murmullo grupal de expectativa y excitación.

—Egon —grité, luego me detuve.

Dando un rodeo, llegué hasta el espacio de los tejos. Egon no estaba. Algo en el piso me llamó la atención. Lo levanté. Era un crayón negro 5B. Me senté en el banco y transpiré. Los colores de las rosas se fundían en mi campo de visión. El sonido, afuera, se volvió más audible. Noté que iba en aumento. Luego, de repente, silencio. Thoby entró corriendo.

—¿Lo viste?, —preguntó.

Le mostré el lápiz 5B.

—Vinieron a tu cobertizo, no encontraron nada y se fueron — dijo Thoby.

Salimos del espacio de los tejos. Thoby me tomó la mano. Las filas de turistas que nos observaban se habían duplicado.

—Huelen el peligro —dijo Thoby—, el de los demás.

—¿Por qué no entran al jardín?, —pregunté.

—Desconfianza —dijo Thoby—. El jardín es belleza, sensualidad, misterio, imaginación. Sienten que hay una trampa.

—¿Y nosotros venimos aquí por esas cosas?

—Sí, es nuestra trampa. Los turistas prefieren el cemento. Piensa en su pasión por los embarcaderos, no los botes, y por los estacionamientos, los salones de juegos electrónicos, la proliferación de restaurantes y torres de departamentos. Les gusta ver el mar rodeado de cemento y aislado de su área natural, arruinado. Por esa misma razón no les gustan las playas; bañarse en el mar es una libertad demasiado inquietante, prefieren las piletas. Lo que más les gusta es sentarse en sus autos y mirar el mar desde un puerto seguro en algún monstruoso complejo marítimo.

—¿Nuestra trampa? —Me quedé con esa palabra—. ¿Es por eso que no intervienen el jardín?

—De alguna manera. Nosotros sí entramos, ¿o no? Atraídos por su fantasía, que es peligrosa. Sí. —Por un momento, Thoby pareció entristecido—. Nosotros caemos en la trampa por voluntad propia.

—¿Como Egon?, —pregunté.

Entonces los vimos, eran tres, avanzaban entre los turistas y entraron al jardín. Fueron hacia la casa de verano.

La puerta se abrió. Egon salió aferrando su cuaderno de dibujo. Los vio. Se quedó quieto un momento, después corrió.

—Detenlo —dije.

Thoby corrió tras él, pero no lo alcanzó. Lo rodearon. Egon les arrojó su cuaderno y corrió hacia el muro que bordeaba el acantilado. Saltó sobre el parapeto. Ellos se acercaron. Yo levanté el cuaderno. Egon se rio. Cayó hacia atrás, con los brazos extendidos hacia afuera. Los tres hombres se dieron vuelta y caminaron sobre sus pasos.

Presa de una parálisis momentánea, vi a los turistas que se dispersaban con pereza. Thoby corrió hacia el túnel. Yo tiré el lápiz 5B en el césped y corrí tras él.

El cuerpo de Egon estaba doblado en dos sobre la reja. Thoby, al abrirla, lo sacudió, y el cadáver cayó al piso como un peso muerto. Antes de que Thoby pudiera detenerme, me agaché. Él me levantó. Me quedé observando la sangre en mi mano.

—Ve a buscar a Mike —dijo Thoby.

Volví por el jardín, pasando junto a la casa de verano y el rosedal, y al tomar el camino hacia el pueblo los vi desmantelando el cartel de *Relevamiento en proceso*. Aún tenía el cuaderno de dibujo de Egon; estaba manchado con la sangre que se me había adherido a la mano.

HOLA, AMOR

Hola, amor, le decía a cada mañana, todos los días. Un saludo al espacio y al tiempo. Un ritual. Una forma de no perder la práctica. Siempre era posible que, a su debido tiempo, llegara a ser oído a través del espacio. Abrí las ventanas y olí la exuberancia del verano. Salí al jardín, revisé los nuevos capullos que habían florecido durante la noche, toqué las hortensias de pétalos rosados, en forma de melón y suaves como adelfas, regué mi colección de guijarros de playa ubicados en las ventanas, una ofrenda a la fortuna. Impregnadas, las piedras centelleaban en una galaxia de colores atenuados. Me senté en el jardín y dejé que el calor del sol hiciera brotar el sudor de mi cuerpo.

Llegaba a ver el mar, una beatitud azul. Cuando viniera Tim podríamos ir a nadar. Mi perro corrió pendiente abajo hacia la playa. Agarró un pedazo de madera traído por el agua y lo trajo hasta la reja del jardín. Entré a la casa, ordené, me di un baño. Los rayos de sol brillaban a través de los vitrales coloreados que me había hecho Tim. Toqué la superficie, acariciando cada gota; había incorporado los matices de cada uno de los colores del espectro. El lugar ya estaba listo para recibir visitas.

Tim trajo un cesto con ciruelas. Nos llevamos algunas a la playa.

—¿No cierras? —Tim miró hacia la casa.

—No tiene sentido —dije.

Jugamos a los delfines mientras chapoteábamos entre las olas. Tim nadó mar adentro. Yo hice la plancha. Mi perro ladraba a la orilla del mar. Desde mi posición se llegaba a ver la parte alta de la torre.

Luego de secarnos al sol, tras comer las ciruelas, caminamos hasta el pueblo, pasando la torre sin ventanas. Dos cuadras más allá

estaba el edificio gris, con las persianas cerradas. Se veía deshabitado.

—¿No ha habido novedades?, —preguntó Tim.

Sacudí la cabeza, el dolor reapareció enseguida y reavivó el recuerdo. En la tienda del pueblo compramos huevos, pan y tomates. La pareja que vivía junto a mi casa estaba de pie afuera en la calle, discutiendo. La encargada de la tienda sonrió con placer.

—Es una forma de comunicación —dijo Tim.

—Una multitud de visitantes en el edificio gris, todas las noches —susurró la encargada de la tienda—. Todas las luces encendidas, todas. —Tim recogió su vuelto—. Parásitos, aduladores. —La encargada miró a Tim—. Con compañía, por supuesto —dijo. Salimos.

—Ojalá no estuviera tan cerca —le dije a Tim.

—Siempre va a estar cerca, no importa dónde esté. —Tim tomó mi mano—. Hay que aceptar los círculos de envidia y frustración. Aislarse. Dejar que se quemen hasta la extinción.

—Se autorrenuevan —dije.

Una vez dentro, instintivamente, levanté el libro de mi estante.

—Arrancaron otra inscripción. —Se lo mostré a Tim.

—No anula el regalo —dijo mientras me abrazaba y me atraía hacia él—. Las presiones se están incrementando. —Devolvió el libro a su estante.

Me senté en el jardín mientras Tim preparaba el almuerzo. Lo oí cantar en la cocina. Logré exorcizar la malicia de la encargada de la tienda cuando me di cuenta de que aún conservaba la vida y era capaz, a través del espacio y del tiempo, de conectar.

—Hola, amor —dije mientras Tim se acercaba con una bandeja de comida—. Estoy practicando —agregué.

—Sigue así, quizás prenda. —Tim sirvió la comida—. Esta tarde tenemos que hacer una visita.

Lo recordé.

—¿No se van a dar cuenta?

—¿Nos importa?, —dijo Tim.

Tras el almuerzo, fuimos con el auto tierra adentro. Nos pararon dos veces. Tim mostró su permiso de viaje. Nos indicaron que siguiéramos. Bajamos todas las ventanillas. El calor se estaba espesando. Salimos de la ruta y tomamos un camino muy poceado y

en desuso. Cruzamos el puente despacio, había surcos profundos. Frente a nosotros, el pequeño castillo. Tim bajó y abrió una tranquera desvencijada. Alarmados, docenas de cobayos se escabulleron buscando un lugar seguro en las orillas lodosas del arroyo. Avanzamos con cuidado hacia el patio central.

En algún momento había sido la representación perfecta de un tambo del siglo diecinueve. Ahora, el conjunto de establos, graneros y silos estaba deteriorado, descuidado; era una montaña de basura. La campana en la torre del reloj se veía oxidada. El palomar había sido tomado por palomas salvajes. Las habitaciones en las que vivía Tessa estaban igualmente desatendidas; un campamento gitano de ambientes llenos de juguetes, ropa, envases, objetos varios y muebles desordenados y cubiertos de polvo. Había un piano Blüthner abandonado en una habitación pequeña pintada con cal. Tessa nos recibió de un modo demasiado exuberante. El niño autista se aferraba a su pierna. El otro me llevó a hacer un *tour* por el pequeño castillo y me enseñó algunos juegos de fantasía. Era bello y hermoso e indiferente al deterioro que lo rodeaba, y parecía interesado, sobre todo, en afirmar su felicidad independiente.

—¿Se quedarán aquí conmigo?, —preguntó. Volvimos con Tessa y Tim.

—¿Qué van a tomar?, —preguntó Tessa—. Les puedo ofrecer lo que quieran. Me dejó bien aprovisionada, tal como ven. Tenemos todo lo que necesitamos. Voy a conseguir un tutor para los niños. No nos falta nada. Miren a su alrededor, tenemos de todo. Estamos rodeados de cosas. Quiero convertir este lugar en un teatro, un teatro de las artes. Cada uno podría hacer sus cosas. Siempre hemos tenido la casa abierta. No nos falta nada. Tengo muchísimo dinero.

—Tomaremos un té, Tessa, por favor —dijo Tim—. ¿Lo preparo? —Se dispuso a hacerlo.

Tessa se sentó y se largó a llorar. El niño autista la pateó. El otro niño me llevó al patio.

—No hace nada —dijo, y señaló a su madre—. Puedo saltar más alto que tú. Mírame. —Saltó desde los escalones que llevaban a una de las habitaciones de arriba.

Volví a la cocina.

—No me voy a ir —le estaba diciendo Tessa a Tim—. Esta es mi casa. La compré para él. La llené con todo lo que él podía llegar a

querer. No me voy a ir. Quizás vuelva.

—Tessa —Tim habló con suavidad—, está muerto. No va a volver. Tienes que irte, dejar estas ruinas, empezar de nuevo en otro lado, con los niños… por su bien, por favor.

—Esto es mío —gimió ella—. Toda mi vida está aquí.

—Dejaste que se viniera abajo, Tessa. —Tim dibujaba tramas para el niño autista.

—Lo va a reconstruir él cuando vuelva. Se va a ocupar de que quede hermoso. Se lo estoy cuidando, manteniéndolo a salvo.

—No estás a salvo, Tessa, aquí no —dijo Tim—. Tienes que irte lejos.

—No pueden hacer que me vaya. Esto es mío… mi vida está aquí.

—Lo que está aquí es tu dolor —dijo Tim—. Estás en peligro, los niños también.

—Les voy a mostrar. —Tessa se puso de pie de repente—. Les voy a mostrar cada fragmento de mi vida.

Seguimos su recorrida frenética por el pequeño castillo. El niño autista iba aferrado a ella. El otro me guiñaba el ojo y avanzaba bailando, concentrado en su propia felicidad. Recorrimos los alrededores de ese lugar que Tessa tanto amaba. Al pasar junto a la torre del reloj, miré la escalera de hierro que subía unos veinte metros, fijada a uno de los muros internos. Cuando vinieron a buscarlo, había pensado en esconderse bajo la enorme campana. Resbaló un par de escalones antes de llegar a la cima. Tessa fue la primera en correr hacia su cuerpo. Era poeta y escribía sobre la necesidad de amor. Tim alzó al niño autista y lo cargó sobre su espalda. El niño cantó con alegría y enganchó sus talones sobre los hombros de Tim como si montara un *pony*.

—Tessa, por favor —le rogué—. Vete con los niños. Por favor.

Su cara había perdido la expresión. Se movía como una zombi del granero al silo, sobre los tablones rotos, pateando los restos y el deterioro del último año; se lanzaba a hablar de pronto con agitación, memorias azarosas de su amor perdido; golpeaba la cabeza contra la madera podrida, hundía los dedos en la paja enredada.

—Es mío, mío, mío —gemía.

—Es tu sufrimiento —dije yo.

—Es todo lo que me queda —dijo ella, y continuó, casi con calma—, no voy a negar el dolor.

Los vimos entrar con su *jeep* cubierto al patio. Sin resistirse, Tessa se dejó guiar hasta el vehículo. Tim corrió hacia ellos.

—Volveremos más tarde por los niños —dijo uno.

—Los llevaré con su padrino —dijo Tim—. Tengo el permiso.

Después de dejar a los niños, volvimos a pasar por el pequeño castillo. Las topadoras ya estaban trabajando.

—¿La llevarán a…?, —dudé.

—A una de las torres, sí —dijo Tim—. Las torres de la tristeza para aquellos que se rehúsan a negar. El amor es asocial, inadmisible, contagioso —sonrió—. Supone comunicación. El dolor por el amor perdido es la peor ofensa, de modo que es imputable. Sugiere que el amor tiene un valor, el entendimiento, la generosidad, la felicidad. Tessa es un caso extremo. Exhibía su dolor con orgullo.

—¿Y van a eliminar todos sus rasgos particulares?, —pregunté.

—Es lo que han dispuesto. —Tim dobló en la ruta. Seguimos el viaje hacia mi casa en silencio. Al pasar por el edificio gris oímos voces estridentes; era una fiesta. Estaban encendidas todas las luces de afuera.

—Eso está bien visto. La seguridad del grupo asegura el aislamiento —dijo Tim.

Tim se quedó dos días más. Los pasamos nadando, caminando, hablando, apuntalando los días por venir a fuerza de amistad. Hasta cierto punto, éramos objeto de sospecha. Hubo varias inscripciones arrancadas de mis libros. Reconocí esa mutilación como un indicio de que debía desprenderme de los objetos personales. Había escondido las cartas y las fotografías en un pozo en desuso en el jardín, estaban cuidadosamente enterradas en un arcón de acero bajo los ladrillos del fondo. Era una forma de destruirlas, porque no podía tenerlas en mi casa, al menos no sin provocar mayores pérdidas. Para adherirme a los usos sociales en boga, organicé una pequeña fiesta e invité a todos mis vecinos. Todos hablaban al mismo tiempo. Nadie escuchaba a nadie. Nadie se reía. Solo Tim y yo nos sonreíamos el uno al otro. Se percibía cierta inquietud por la ausencia de un televisor. Cuando se fueron, todos juntos en un mismo grupo, pusimos música en el tocadiscos. Era un pequeño acto

de desafío. Abrimos la puerta al jardín. Salí a caminar. La marea estaba subiendo. La luna llena iluminaba la playa como un farol con haces de luz cambiantes. La música se proyectaba en el aire nocturno como un aroma. Tim me saludó desde la casa. Miré en dirección al edificio gris.

—Hola, amor —dije, como para no perder la práctica.

Un movimiento en la playa captó mi atención. Alguien se estaba metiendo al mar. Sonreí, feliz de que la alegría hubiera llevado a un nadador a darse ese placer solitario. Me incliné sobre la reja para ver mejor. Alguien me tocó el brazo. Era mi vecina, la mujer.

—Detenlo —gritó.

—Tim —grité yo, y señalé.

Tim corrió hacia la playa. La mujer estaba llorando.

—No quería discutir más.

La llevé adentro. Tim volvió mojado y triste.

—Lo lamento —dijo.

—¿Ellos dónde están?, —preguntó la mujer.

—Lo están llevando a la morgue —dijo Tim.

—Tengo que ir —dijo la mujer.

Tratamos de detenerla.

—Tienen que llevarme a la torre —dijo—. Es el único lugar que me queda. —Empujó a Tim. La observamos alejarse. Nos sentamos en el jardín hasta el amanecer, mirando el mar. La mujer no volvió.

—Sabía lo que tenía que hacer —dijo la encargada de la tienda —. Es razonable. No podemos tener gente lamentándose. Perturba el ambiente del barrio. —Se demoró en darme el vuelto—. Hay otros que también deberían internarse —dijo.

Una vez que se fue Tim retomé mi vida cotidiana, usando cada hora de la forma más positiva posible. El verano ayudaba a aliviar los momentos vacíos, que llenaba con jardinería, largas caminatas, o nadando y tomando sol. Las horas nocturnas las usaba para trabajar, hasta que el cansancio me arrastraba a la cama a dormir. Escribía cartas a amigos. A veces pasaba caminando por el edificio gris.

—¿Sigue trabajando?, —preguntaba sonriendo la encargada de la tienda.

Construyeron más torres en la costa. Los fines de semana llegaban autos llenos de turistas y estacionaban cerca. Arrojaban la

basura de los pícnics a sus paredes sin ventanas y alentaban a los niños pequeños a que orinaran contra los muros. Un anciano tomó la casa deshabitada junto a la mía. Ignoraba todos mis saludos y se sentaba a dormir en el jardín durante la mayor parte del día.

—Ahora es inofensivo. —La encargada de la tienda se refería a mi nuevo vecino—. Lo vaciaron —susurró, después se regodeó—: ¡No le queda ni un recuerdo! —Pagué la cuenta y me fui.

—Hola, amor —dije mientras volvía a mi casa. El anciano cambió de posición sin despertarse. Dentro, mi perro ladró. No había nadie. No quedaban más inscripciones que arrancar en ninguno de los libros. Examiné todo con mucho cuidado: estaba tal como lo había dejado. Un borrón tenue, como de una huella dactilar, en el vitral de Tim. Quizás fuera mía. Esa noche fui a la fiesta de un vecino, pasando el edificio gris. Las luces estaban todas encendidas, pero no salía ningún sonido. Cuando volvía, me pareció ver a alguien vestido de negro junto a mi reja. Corrí hacia las sombras. Oí pasos que se escabullían. Presa de la inquietud, jugué al solitario hasta el agotamiento, un juego tras otro; así y todo seguía sin poder dormir.

—Anoche no estuvo trabajando —dijo la encargada de la tienda —. Vi que jugaba a las cartas, con las cortinas abiertas. —Sonrió burlona—. No se estará preocupando, espero.

Mientras el otoño empujaba al verano, mi ritmo de trabajo se empezó a ralentizar. Esperaba el regreso de Tim. Como yo no tenía un permiso de viaje, no podía visitar otras áreas. Algunos dejaron de escribir, aquellos a los que se habían llevado a las torres. Las noticias eran difíciles de procesar. Durante el día, demostraba mi interés en las cosas cotidianas y convencionales.

Solo por las noches, con las cortinas cerradas, me sumergía en la inactividad y la ansiedad invadía mi imaginación. Por las mañanas me estudiaba la cara en el espejo, observaba los signos del agotamiento. Caminaba por la playa sintiendo la molestia y la inquietud. No me atrevía a pasar por el edificio gris.

—Se le nota el cansancio —me dijo la encargada de la tienda.

Como un gorrión privado de su pareja, que sigue cantando su canción de cortejo atrayendo así a las aves de presa, me volví insensible al peligro. La gente me miraba cuando pasaba a su lado sin saludar. Asentía tarde, a sus espaldas. Hice algunos esfuerzos.

Planté bulbos y me senté en mi escritorio, más a escribir cartas que a trabajar. Decidí redecorar la casa: eso indicaría que no estaba tendiendo a la inacción y me iba a dar una excusa para discontinuar mi rutina conocida.

—¿Ahora está mejor? —La encargada de la tienda sonaba decepcionada.

Me obligué a pasar caminando por el edificio gris una vez por semana. Las entregas de correo fueron reducidas a dos por semana y los retiros de correspondencia se vieron igualmente restringidos. Me invitaron a varias fiestas y rechacé todas las invitaciones. Alegué que tenía mucho trabajo. Empezaron a observarme. Una mañana corrí con furia por la pendiente hacia la playa, me caí, y me doblé un tobillo.

—Ahora puedo expresar el dolor —dije mientras el médico lo vendaba bien apretado.

—Por quince días —dijo él.

—¿Duele mucho?, —preguntó la encargada de la tienda.

Me permití el lujo de desmoronarme durante dos días, moviéndome a través de las horas presa de la demencia, inundando mi mente de viejos recuerdos, metafóricamente lamentándome ante el muro de mis pérdidas. Un grupo de vecinos curiosos me golpeó la puerta, según dijeron, para preguntar por mi accidente.

—El dolor —les dije— es casi insoportable.

Se fueron satisfechos, aunque algo dubitativos. Por medio de esos excesos logré recuperar la apariencia de completo desapego. Era una forma de histeria soterrada.

—Hola, amor —le dije a la mañana en la que terminaba mi quincena de dolor permitido. Me pregunté qué otra parte de mi anatomía podría lesionar, sin sufrir demasiado daño, cuando volviera a necesitar el alivio de las palabras.

—Debería evitar accidentarse tan seguido —dijo el médico—. Han leído algo de psicología. —Era una advertencia amistosa.

Tim trajo a Blanche y a Gervase con él desde la isla. Era una bendición que me ayudaría a pasar el invierno.

—Conformamos un grupo —dijo Tim— perfectamente aceptable.

Nos reímos hasta las lágrimas.

—Deberíamos ir al edificio gris —dijo Blanche.

Experimenté una sensación de alivio.

—No enseguida —dijo—. Hay que moverse con cuidado.

—Tiene visitas, según me han dicho. —La encargada de la tienda sonaba compungida.

Gervase y Tim daban largas caminatas. Se dedicaban a «frotar las torres», como lo llamaban. Gervase apoyaba las manos sobre los muros con las palmas irradiando calor sobre la piedra.

Tim, con un pequeño cincel, hacía pequeños agujeros. Con cada visita, profundizaban un poco las perforaciones. Suponían que con el tiempo se filtraría algo de luz hacia dentro. Blanche les pedía que tuvieran cuidado. Habíamos oído que se habían llevado a Tessa a la torre central para incurables de Londres.

El anciano de al lado murió. Volvió la inquilina anterior, la mujer. No me recordaba. Le habían hecho un tratamiento rápido: sus niveles de memoria eran básicamente superficiales.

—Ha vuelto a la normalidad —dijo la encargada de la tienda.

Blanche fue al edificio gris. Esperamos su regreso durante tres horas. Gervase, al verla entrar, percibió en ella la derrota y la acunó en sus brazos. Yo salí al jardín. Tim me siguió.

—No pudo pasar. —Quise llorar para siempre.

—Al menos fue —dijo Tim—. Es un comienzo. —Cuando volvimos a entrar le agradecí a Blanche por haber ido.

—Recemos por la iluminación —dijo ella.

Al día siguiente recibió una carta. No me la mostró. Gervase llevó su respuesta al edificio gris. Era una invitación a ir con ellos cuando volvieran a la isla. Por la tarde caminé con mi perro por la playa. Una niebla marina se arremolinaba tierra adentro. Cuando llegué a la torre, Tim estaba de pie, afuera, con la espalda apoyada contra las piedras. Cierta tensión en su postura me hizo reprimir el instinto de correr a su encuentro.

—Tienes que irte a casa —dijo—. Enseguida.

En las rocas detrás de él vi a tres de ellos de pie, sus figuras débilmente delineadas en la niebla que empezaba a volverse más espesa.

Tim se anticipó a mi pregunta.

—La admisión voluntaria está permitida.

—¿Por qué? —Dije con la voz tomada por el terror.

—Si uno quiere olvidar —dijo él.

Mi mente captó la insinuación.

—Blanche consideraba posible, probable —continuó Tim—, que surgiera una solución como esta.

Un dejo de gozo se filtró a través del miedo.

—Sería una especie de admisión.

—Sí —dijo Tim—. Por eso estoy esperando, y es por eso que debes irte a casa. No tiene que haber ningún encuentro.

—¿Esperando? —Me detuve sobre la palabra—. ¿No es peligroso? ¿Para ti? Los miré de pie sobre las rocas, sus espaldas silenciosas.

—Es un riesgo —dijo Tim—. Estoy preparado. Quizás no logre contrarrestar la indecisión. Es posible que una palabra nerviosa no deje alternativa. El comité de recepción a mis espaldas tendrá que ver si lo consigo, y se hará cargo. Ese es el riesgo.

Mientras me alejaba oí los pasos amplificados por la niebla dirigiéndose hacia Tim y hacia la torre. Mi perro lanzó un ladrido de reconocimiento. Apuré el paso. No había luces dentro ni fuera del edificio gris. Las cortinas estaban abiertas. Entré a la tienda a comprar cigarrillos.

—Hay otro voluntario —dijo la encargada—. Mejor que se sepa, como digo siempre —agregó con malicia—. Un corte limpio es capaz de renovar a una persona.

De vuelta en casa, enseguida noté que Blanche sabía lo que estaba pasando.

—Debemos tener fe —dijo Gervase—, y amor.

Cerré los ojos y esperé que volviera Tim.

Volvió una hora después.

—Vamos a ir a la isla —dijo—. Salimos al amanecer.

No hubo necesidad de hacer preguntas.

—No va a ser fácil —dijo Blanche—, pero es un logro, una pequeña demostración de piedad.

—Una gracia para los vivos —dijo Gervase.

Tomé la mano de Tim hasta que llegó la hora de que se fueran.

Miré su auto mientras se alejaba bajo la luz cortante de la mañana de otoño. Tomaron el camino a la derecha en dirección al edificio gris. Las hojas de mis rosales tenían los bordes escarchados. El mar rompía con olas blancas y altas sobre la playa. La marea estaba crecida. Tomé el camino hacia mi casa y, lentamente, renové

mi mirada ante cada detalle. Sentí que cedía mi tensión. Había posibilidades.

—Hola, amor —dije saludando al nuevo día.



Kay Dick nació en Londres en 1915. Vivió en Suiza durante la infancia y completó sus estudios en Inglaterra. Trabajó desde muy joven en el mundo literario, como periodista en el *New Statesman*, directora editorial en P. S. King & Son y editora de la revista literaria *The Windmill*. Colaboró además en medios como *The Times, The Spectator* y *Punch*. Publicó novelas, biografías, un ensayo sobre la *commedia dell'arte* y algunas antologías de cuentos y entrevistas, en ocasiones bajo seudónimo. Su novela *They* (1977) ganó el South-East Arts Literature Prize y fue recuperada recientemente como «una obra maestra distópica». Vivió en Hampstead durante dos décadas y murió en Brighton en 2001.